

LA GLORIA DE CRISTO

*Una versión simplificada y abreviada de la versión clásica en inglés,
“Meditaciones Sobre la Gloria de Cristo”.*

John Owen

*Iglesia Bautista de la Gracia*_{AR}
INDEPENDIENTE Y PARTICULAR
Calle Alamos No.351
Colonia Ampliación Vicente Villada
CD. Netzahualcóyotl, Estado de México
CP 57710
Telefono: (5) 793-0216

1 Cor. 1:23 Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado...

Este libro fue traducido de una versión abreviada en inglés titulada: “The Glory of Christ”, publicado por Grace Publications Trust y en su versión original en inglés por Banner of Truth Trust. El título de la versión original en inglés es: “Meditations on the Glory of Christ”.

Agradecemos el permiso y la ayuda brindada por Grace Baptist Mission (139 Grosvenor Ave. London N52NH England) y Banner of Truth (3 Murrayfield Road, Edinburgh, EH126EL) para traducir e imprimir este libro en español.

Traducción realizada por Omar Ibáñez Negrete y Thomas R. Montgomery.

© Copyright, Derechos Reservados para la traducción al español.
IMPRESO EN MEXICO 2000.

CAPITULO 1

“Para que vean mi gloria” (Jn.17:24)

El sumo sacerdote bajo el Antiguo Testamento, habiendo hecho los sacrificios requeridos en el día de la propiciación, entró al lugar santísimo con sus manos llenas de incienso de un dulce olor, el cual puso en el fuego delante del Señor. Así, el gran sumo sacerdote de la Iglesia, nuestro Señor Jesucristo, habiéndose ofrecido por nuestros pecados, entró en el cielo con el dulce aroma de sus oraciones a favor de su pueblo. Su deseo eterno por la salvación de su pueblo es manifiesto en el versículo citado al principio: “Padre... quiero... que vean mi gloria” (Jn.17:24). José pidió a sus hermanos que contaran a su padre acerca de su gloria en Egipto: “Haréis, pues, saber a mi padre toda mi gloria en Egipto...” (Gen.45:13). Esto lo hizo José, no para vanagloriarse, sino para dar a su padre el gozo de saber acerca de su elevada posición en Egipto. Así Cristo deseaba que los discípulos vieran su gloria, para que estuvieran satisfechos y disfrutaran de la plenitud de esta bendición para siempre.

Habiendo conocido su amor, el corazón del creyente siempre estará inquieto hasta que vea la gloria de Cristo. El punto culminante de todas las peticiones que Cristo hace a favor de sus discípulos (en este capítulo 17) es que vean su gloria. Entonces yo afirmo que uno de los beneficios más grandes para el creyente en este mundo y en el venidero es la consideración de la gloria de Cristo.

Desde el comienzo del cristianismo, nunca ha habido tanta oposición directa hacia la naturaleza (divina y humana) y la gloria de Cristo como la que existe actualmente. Es el deber de todos aquellos que aman al Señor Jesús dar testimonio (según su capacidad) de su naturaleza única y de su gloria. Por lo tanto, quisiera fortalecer la fe de los creyentes verdaderos demostrando que el ver la gloria de Cristo es una de las experiencias y uno de los más grandes privilegios posibles en este mundo y en el venidero. Ahora en esta vida al contemplar la gloria de Cristo, somos transformados en su semejanza (vea 2 Cor.3:18). En la vida venidera, seremos semejantes a El porque le veremos tal como El es (vea 1 Jn.3:2). Este conocimiento de Cristo es en forma continua, la vida y la recompensa para nuestras almas. Aquel que ha visto a Cristo, ha visto al Padre; la luz del conocimiento de la gloria de Dios es vista solamente en la faz de Jesucristo (vea Jn.14:9 y 2 Cor.4:6).

Hay dos maneras para ver la gloria de Cristo: Ahora en este mundo por medio de la fe, y en el cielo por la vista para toda la eternidad. Es de la segunda manera a la que Cristo se refiere en su oración (la oración registrada en Juan 17). Cristo pide que sus discípulos estén con El (en el cielo) y que vean su gloria. Pero una visión de su gloria en este mundo por medio de la fe también está implícita, y expongo las siguientes razones por las cuales enfatizo esto:

1. En la vida venidera, ningún hombre verá la gloria de Cristo, a menos que la haya visto por la fe en esta vida. Es necesario que seamos preparados para la gloria por medio de la gracia, y que por medio de la fe seamos preparados para ver a Cristo con nuestra vista. Algunas personas que no tienen la fe verdadera se imaginan que verán la gloria de Cristo en el cielo, pero se están engañando a sí mismas. Los apóstoles vieron esta gloria, “Gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad” (Jn.1:14). Esta no fue una gloria mundana como la que poseen los reyes o el papa. Aunque Cristo creó todas las cosas, Cristo no tuvo donde reclinar su cabeza. No había ninguna gloria inusual o hermosura en su apariencia como hombre. Su rostro y su apariencia fueron desfiguradas más que la de los hijos de los hombres (Isa.52:14 y 53:2). Tampoco se podía ver en este mundo la plena manifestación de la gloria de su naturaleza divina. Entonces ¿Cómo pudieron ver los apóstoles su gloria? La vieron por medio del entendimiento espiritual de la fe. Al verlo como lleno de gracia y de verdad, y al ver lo que hizo y lo que habló, “le recibieron y creyeron en su nombre” (Jn.1:12). Aquellos que no poseían esta fe no vieron ninguna gloria en Cristo.

2. La gloria de Cristo está mucho más allá del alcance de nuestro presente entendimiento huma-

no. No podemos mirar directamente al sol sin quedar ciegos y no podemos con nuestros ojos naturales tener ninguna visión verdadera de Cristo en el cielo; esa gloria sólo puede ser conocida por medio de la fe. Aquellos que hablan o escriben acerca de la inmortalidad del alma pero que no tienen ningún conocimiento de la vida de fe, en realidad no saben de lo que están hablando. Hay aquellos también que usan imágenes, crucifijos, ídolos y música, en un vano intento por adorar algo que ellos se imaginan que es como la gloria de Dios. Esto es debido a que no tienen ningún entendimiento espiritual de la verdadera gloria de Cristo. Solamente el entendimiento que nos viene por medio de la fe, nos dará una idea verdadera de la gloria de Cristo y creará en nosotros el deseo por disfrutarla plenamente en el cielo.

3. Por lo tanto, si quisiéramos tener una fe más activa y un amor más grande por Cristo (lo cual daría descanso y satisfacción a nuestras almas), deberíamos buscar el tener un deseo más grande por ver la gloria de Cristo en esta vida. Esto resultará en que las cosas de este mundo se vuelvan cada vez menos atractivas, hasta que lleguen a ser cosas muertas e indeseables. No deberíamos esperar tener una experiencia distinta en el cielo de lo que hemos estado buscado en este mundo; es decir, no podemos esperar ver la gloria de Cristo en el cielo si no ha sido nuestra afán en la tierra. Si estuviésemos más persuadidos de esto, pensaríamos más en las cosas celestiales de lo que normalmente lo hacemos.

Antes de proceder con un intento de guiar a los creyentes en una experiencia más profunda de fe, amor y meditación espiritual, deseo mencionar algunas de las ventajas que surgen del continuo pensar en la gloria de Cristo:

1. Al pensar en la gloria de Cristo, seremos hechos más aptos para el cielo. Muchos se consideran como ya suficientemente preparados para la gloria, si sólo pudieran alcanzarla. Pero ni siquiera saben qué es esa gloria. No hay ningún placer en la música para aquellos que son sordos, ni los colores más bellos dan ningún placer a los ciegos. Del mismo modo, el cielo no daría ningún placer a las personas que no fueron preparadas para él en ésta vida, por el Espíritu. El apóstol da: “gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz” (Col.1:12). La voluntad de Dios es que conozcamos el comienzo de la gloria ahora y en el futuro su plenitud. Pero somos capacitados para recibir el conocimiento de esta gloria por medio de la actividad espiritual de nuestra fe. Nuestro conocimiento presente de la gloria es nuestra preparación para la gloria futura.

2. Un conocimiento de la gloria verdadera de Cristo, tiene poder para transformarnos hasta que seamos semejantes a Cristo (vea 2 Cor.3:18).

3. Una meditación habitual en la gloria de Cristo, traerá descanso y satisfacción a nuestras almas. Traerá paz a nuestras mentes, que tan frecuentemente se llenan de temor y de preocupaciones. “Pero el ocuparse del espíritu es vida y paz.” (Rom.8:6) Las cosas de esta vida, en comparación con el gran valor y la hermosura de Cristo, son menos que nada, como Pablo dijo: “Y ciertamente, aún estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor” (Fil.3:8).

4. El conocimiento de la gloria de Cristo, es la fuente de la bienaventuranza eterna. Al verle como El es, seremos hechos semejantes a El. (1 Tes.4:17; Jn.17:24; 1 Jn.3:2)

Dios es tan grande, que no podemos verle con nuestros ojos naturales y aún en el cielo no podremos entender todo acerca de El porque El es infinito. La bienaventurada visión de Dios que tendremos allá siempre será “en la faz de Jesucristo” (2 Cor.4:6) y esto será suficiente para llenarnos de paz, descanso y gloria.

Aún en esta vida, los verdaderos creyentes experimentan algo del placer que resulta de conocer a Cristo. Por medio de las Escrituras y el Espíritu Santo, los creyentes reciben un conocimiento de la gloria de Dios que resplandece en Cristo, de tal manera que un gozo inefable y paz llenan sus almas. Tales experiencias no son frecuentes, pero esto es debido a nuestra flojera y a nuestra falta de luz espiritual. La gloria amanecería más frecuentemente en nuestras almas, si fuéramos más diligentes en nuestro deber de meditar en la gloria de Cristo.

En los siguientes capítulos (2 al 11), trataré de contestar la pregunta: ¿Cuál es la gloria de Cristo que podemos ver por medio de la fe, y cómo podemos verla? Y en los restantes (12 al 14) explicaré cómo este conocimiento de fe es distinto de la visión directa de Cristo que tendremos en el cielo.

CAPITULO 2

La gloria de Cristo como la única manifestación de Dios para los creyentes

La gloria de Dios surge desde su naturaleza santa y de las cosas excelentes que El hace. Pero sólo podemos ver esta gloria por medio de mirar a Cristo Jesús (2 Cor.4:6) Cristo es “El resplandor de su gloria” y “El es la imagen del Dios invisible” (Heb.1:3, Col.1:15). El nos muestra la naturaleza gloriosa de Dios y nos revela su voluntad para nosotros. Sin Cristo nunca podríamos ver a Dios ni ahora, ni en el futuro (vea Jn.1:18). Cristo y el Padre son uno. Cuando Cristo se hizo hombre, manifestó la gloria de su Padre. Solamente Cristo da a conocer a los hombres y a los ángeles la gloria del Dios invisible. Esta revelación es el fundamento sobre el cual la Iglesia se edifica y la base de todas nuestras esperanzas de salvación y vida eterna. Aquellos que por fe no pueden ver esta gloria de Cristo, no conocen a Dios. Son como aquellos judíos y gentiles incrédulos del tiempo antiguo. “Porque los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero y para los gentiles locura; mas a los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios y sabiduría de Dios.” (1 Cor.1:22-24).

Desde que la predicación del evangelio comenzó, el gran propósito del diablo ha sido cegar los ojos de los hombres para que no vean la gloria de Cristo. “Si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios.” (2 Cor.4:3-4) Esta ceguera y tinieblas son quitadas en aquellos que creen en el poder omnipotente de Dios. “Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo.” (2 Cor.4:6)

Una gran parte de la miseria y el castigo contra la humanidad, a causa de la caída de Adán, han sido las densas tinieblas y la ignorancia con las cuales la mente humana ha sido cubierta desde ese entonces. Los hombres y las mujeres se han jactado de ser sabios, pero su sabiduría no les ha conducido hacia Dios (vea 1 Cor.1:21 y Rom.1:21). Los razonamientos de “los filósofos” y “los entendidos” acerca de las cosas invisibles que están más allá del entendimiento humano no han salvado a la humanidad de la idolatría y de la práctica de toda clase de pecados. Satanás es el príncipe de las tinieblas y ha impuesto su reino de tinieblas en la mente de los hombres, manteniéndolos en la ignorancia de Dios. Toda iniquidad y confusión entre los seres humanos procede de estas tinieblas y de la ignorancia de Dios. Dios nos pudiera haber dejado perecer en la ceguera y la ignorancia de nuestros antepasados, pero nos ha traído “de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pe.2:9). La gloria especial y los privilegios de Israel consistieron de poseer la revelación de Dios (La Palabra de Dios). “Ha manifestado sus palabras a Jacob, sus estatutos y sus juicios a Israel. No ha hecho así con ninguna otra de las naciones.” (Sal.147:19-20) No obstante, Dios les habló desde las densas nubes, porque no podían comprender la gloria que posteriormente había de ser conocida por medio Cristo. (Ex.20:21, Deut.5:22) Cuando Cristo vino, fue manifiesto que “Dios es luz y no hay ningunas tinieblas en El” (1 Jn.1:5). Cuando el Hijo de Dios apareció en carne humana, Dios manifestó que la naturaleza divina, era una naturaleza gloriosa de tres personas en uno (una Trinidad). La luz de este conocimiento resplandeció en medio de las tinieblas del mundo de tal manera que nadie podría continuar siendo ignorante de Dios excepto aquellos que no quisieran ver. (Vea Jn.1:5, 14, y 17-18; 2 Cor.4:3-4). La gloria de Cristo es que él revela la verdad acerca de la naturaleza invisible de Dios.

Cuando creemos por primera vez, vemos a Dios el Padre en Cristo. No tenemos que hacer la petición que hizo Felipe. “Felipe le dijo: Señor, muéstranos el Padre y nos basta” porque habiendo visto a Cristo por la fe, ya hemos visto al Padre también (Jn.14:8-9). David anhelaba esta visión: “Dios, Dios mío eres tú; de madrugada te buscaré; mi alma tiene sed de tí, mi carne te anhela... para ver tu poder y tu gloria, así como te he mirado en el santuario” (Sal.63:1-2). En el tabernáculo había sólo una representación oscura de la gloria de Dios. ¡Cuánto más deberíamos valorar la visión que nosotros tenemos de ella, aunque sea “como en un espejo”! (2 Cor.3:18). Moisés había visto muchas obras maravillosas de Dios, pero él sabía que la satisfacción verdadera consistía en ver la gloria de Dios. Por eso oraba: “Te ruego que me muestres tu gloria” (Ex.33:18). Es solamente en Cristo que podemos tener una visión clara y distinta de la gloria de Dios y sus excelencias.

La sabiduría infinita es una parte de la naturaleza divina y la fuente de todas las obras gloriosas de Dios. “¿Pero dónde se hallará esta sabiduría?” (Job 28:12) Podemos ver esta sabiduría a través de sus resultados y su efecto más grande; es decir, la salvación de la Iglesia. El apóstol Pablo fue llamado a “aclarar a todos cual sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas; para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la Iglesia, a los principados y potestades en los lugares celestiales” (Ef.3:9-10). La sabiduría divina manifestada en el mundo físico, aunque es muy grande, es pequeña comparada con la sabiduría de Dios dada a conocer en Cristo Jesús. Pero solamente los creyentes ven esta sabiduría de Dios en Cristo; los incrédulos no la pueden ver (vea 1 Cor.1:22-24). Si somos suficientemente sabios para ver esta sabiduría claramente, tendremos “gozo inefable y glorioso” (1 Pe.1:8).

Debemos considerar también el amor de Dios como parte de esta naturaleza divina, “porque Dios es amor” (1 Jn.4:8). Las mejores ideas humanas acerca de Dios son imperfectas y afectadas por el pecado. Ellos piensan que Dios es “todo bondad” y que es parecido a los hombres (vea Sal.50:21). Aquellos que no conocen a Cristo no se percatan de que, aunque Dios es amor, su ira “es manifiesta desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres” (Rom.1:18). Entonces ¿Cómo podremos conocer el amor de Dios y ver su gloria en dicho amor? El apóstol nos dice: “En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él” (1 Jn.4:9). Esta es la única evidencia revelada a nosotros, de que Dios es amor. Estaríamos todavía en completa oscuridad si el Hijo de Dios no hubiera venido para mostrarnos la verdadera naturaleza y actividad del amor divino. Ahora podemos ver cuán hermoso, glorioso y deseable es Cristo, como Aquel que nos enseña que Dios es amor.

Viendo esta gloria es la única manera en que podemos obtener santidad, consuelo y preparación para la gloria eterna. Por lo tanto, considere lo que Dios ha dado a conocer acerca de sí mismo en su Hijo, especialmente su sabiduría, amor, bondad, gracia y misericordia. La vida de nuestras almas depende de estas cosas. Puesto que el Señor Jesucristo es el único camino señalado para recibir estas bendiciones, ¡cuán extremadamente glorioso debería ser ante los ojos de los creyentes!

Hay algunos que ven a Cristo sólo como un gran maestro, pero no como la manifestación única del Dios invisible. Pero si usted tiene un deseo hacia las cosas celestiales, le pregunto: ¿Porqué ama a Cristo y confía en El? ¿Porqué le honra y desea estar con El en el cielo? ¿Puede usted dar una razón de porqué hace estas cosas? ¿Es una de las razones el hecho de que usted vea la gloria de Dios en el plan de la salvación, (gloria la cual de otro modo le hubieran estado oculta eternamente)? Hay una profecía de que en los tiempos del Nuevo Testamento nuestros “ojos verían al rey en su hermosura” (Isa.33:17). ¿Cuál es la hermosura de Cristo? Consiste de que El es Dios y que es la gran representación de la gloria de Dios para nosotros. ¿Quien puede describir la gloria de este privilegio? ¡Que nosotros que nacimos en oscuridad e ignorancia y que merecíamos ser echados a las tinieblas de afuera, hayamos sido traídos a la maravillosa “luz del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo”! (2 Cor.4:6)

La incredulidad ciega los ojos del entendimiento de muchas personas. Aún entre los que dicen tener conocimiento de Cristo, hay muy pocos que entienden su gloria y que son transformados a su semejanza. Nuestro Señor Jesucristo dijo a los fariseos que, no obstante su jactancia de poseer el conocimiento de Dios, “Nunca habéis oído su voz, ni habéis visto su parecer.” (Jn.5:37) Es decir, que no le conocían realmente y que no tenían una visión espiritual de su gloria. Nadie jamás llegará a ser semejante a Cristo simplemente imitando sus obras y acciones o poseyendo un conocimiento intelectual de El. Solamente una experiencia de la gloria de Cristo tiene poder para hacer a un creyente semejante a El. La verdad es que los mejores de entre los creyentes son muy negligentes para dedicar mucho tiempo a la meditación de este asunto. Los pensamientos acerca de la gloria de Cristo son muy altos y muy difíciles para nosotros. No podemos deleitarnos en ellos por mucho tiempo sin sentirnos cansados y obstaculizados en esta labor; y no obstante, ver la gloria de Cristo es lo que haremos en el cielo por toda la eternidad sin ningún cansancio. Lo que al presente nos obstaculiza es nuestra falta de espiritualidad, y el hecho de que nuestros deseos y pensamientos se ocupan de otras cosas. Si nos animáramos más para contemplar “las cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles” (1 Pe.1:12), nuestro entendimiento y fuerza espiritual se incrementarían cada día. Entonces ¡manifestaríamos más de la gloria de Cristo por nuestra manera de vivir, y aún la muerte misma nos sería bienvenida!

Hay personas que dicen que no entienden estas cosas. Además, dicen que tal entendimiento de la gloria de Cristo no es necesario para vivir la vida cristiana práctica. Mi respuesta a esta objeción es lo siguiente:

1. No hay nada más plena y claramente revelado en el evangelio que el hecho de que Jesucristo es la manifestación del Dios invisible, y que al verle a El, también vemos al Padre. Esta es la verdad y el misterio fundamental del evangelio. Si esta verdad esencial no es recibida y creída, todas las demás verdades bíblicas son inútiles para nuestras almas. Si aceptamos a Cristo solo como un gran maestro, pero no aceptamos la verdad de su carácter único y divino, entonces todo el evangelio se convierte en una fábula.

2. La razón principal por la cual la fe nos ha sido dada es a fin de que veamos la gloria de Dios en Cristo y meditando en ella seamos afectados. Si no poseemos este entendimiento (el cual es dado por el poder de Dios a todos aquellos que creen), no conoceremos cosa alguna del misterio del evangelio. (vea Ef.1:17-19; 2 Cor.4:3-6)

3. Cristo es infinitamente glorioso y muy por encima de toda la creación. Es solamente a través de El que la gloria del Dios invisible es más plenamente conocida por nosotros, y es sólo por El que la imagen de Dios es renovada en nosotros.

4. La fe en Cristo como Aquel que nos revela la gloria de Dios es la raíz de la cual crece toda práctica cristiana. Cualquiera que no tiene esta clase de fe, no puede ser un cristiano verdadero.

A aquellos a quienes esta enseñanza les parezca algo nuevo pero que no son enemigos de la verdad de la gloria de Cristo, les daré los siguientes consejos:

1. El privilegio más grande en esta vida es el de ver la gloria del Padre en toda su santidad manifestada en Cristo. Porque esta es la vida eterna: “Que te conozcan el sólo Dios verdadero, y a Jesucristo al cual has enviado” (Jn.17:3). A menos que usted valore esto como un gran privilegio, nunca podrá disfrutarlo.

2. El conocimiento de Cristo es un gran misterio, el cual requiere mucha sabiduría espiritual para entenderse y obtener su valor práctico. La sabiduría humana no nos ayudará del todo; es necesario que seamos enseñados por Dios mismo (vea Jn.1:12-13; Mat.16:16-17). Como el artesano tiene que capacitarse en las técnicas de su oficio, también nosotros debemos usar los medios señalados por Dios con el propósito de hacernos creyentes hábiles para esta tarea. La oración ferviente es el principal de estos medios. Ore como Moisés, para que Dios le muestre su gloria. Ore como Pablo: “Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el

conocimiento de El” (Ef.1:17). Las almas flojas nunca pueden obtener una experiencia de esta gloria pero para los diligentes, buscarla es su placer.

3. Aprenda de los impíos. ¡Cuán celosos son en perseguir sus deseos pecaminosos y en deleitarse en sus concupiscencias! ¿Seremos perezosos para meditar en aquella gloria, la cual esperamos ver algún día más plenamente?

4. Los cielos declaran la gloria de Dios pero de ellos aprendemos poco de la gloria divina en comparación con el conocimiento que nos es dado en Cristo Jesús. La gente más astuta y los filósofos más grandes están ciegos en comparación con aquellos que son los más pequeños en el reino de Dios pero que conocen la gloria de Cristo.

Entonces, lo que realmente deberíamos desear es conocer el poder de esta verdad en nuestros corazones. ¿Realmente deseamos tener el mismo gozo, descanso, deleite y la indescriptible satisfacción de los santos que ya están en el cielo? Nuestro presente conocimiento de la gloria de Cristo es el principio de estas bendiciones y entre más que conozcamos esta gloria, más experimentaremos su poder transformador en nuestras almas. Las cosas espirituales son cada vez más preciosas a aquellos que meditan en ellas y a aquellos que se deleitan caminando en las veredas del amor y la fe.

Tres puntos finales surgen de lo que hemos considerado:

1. Sabemos que la sabiduría, bondad, amor, gracia, misericordia y poder de Dios, son atributos infinitamente gloriosos tal como existen en El. Pero sólo pueden ser realmente entendidos por nosotros cuando tengamos una visión satisfactoria y estimulante de estos atributos obrando en favor de la redención de la Iglesia. Entonces, los rayos de su gloria resplandecen hacia nosotros refrescándonos con un gozo indescriptible. Como el apóstol Pablo exclamó: “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios... Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. Y a él sea la gloria por los siglos. Amén.” (Rom.11:33-36)

2. Es por medio de Cristo que creemos en Dios (1 Pe.1:21). Entonces Dios mismo en las perfecciones infinitas de su naturaleza divina es el objeto final de nuestra fe. Pero vemos esta gloria a través de Cristo quien es Dios mismo y el único camino señalado para revelar la gloria de Dios.

3. Cristo es el único camino para poder obtener el conocimiento salvador de Dios. Los grandes pensadores religiosos del mundo andan a tientas en la oscuridad del limitado entendimiento humano. Como un rayo de luz en la oscuridad de la noche ciega los ojos en lugar de iluminarnos el camino, así la luz del conocimiento de Dios en Cristo resplandece sobre los incrédulos en su oscuridad, y a pesar de ello no pueden ver el camino a causa de su incredulidad. “¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? y ¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo? Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación. Pero los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios y sabiduría de Dios” (1 Cor.1:20-24).

CAPITULO 3

La gloria de Cristo manifestada por el misterio de sus dos naturalezas

La gloria de la doble naturaleza de Cristo en una sola persona es tan grande que el mundo incrédulo no puede ver la luz y la hermosura que brillan de ella. Hoy en día, muchos niegan la verdad de que Jesucristo es tanto Hijo de Dios como Hijo de hombre. Pero ésta es la gloria, la cual los ángeles “anhelan mirar” (1 Pe.1:12). Satanás en su orgullo se levantó contra el Dios del cielo y entonces, trató de destruir a los seres humanos en la tierra quienes fueron creados a la imagen de Dios. En su gran sabiduría, Dios unió ambas naturalezas (la humana y la divina) contra las cuales satanás había pecado.

Cristo, el Dios hombre, triunfó sobre satanás mediante su muerte en la cruz. Aquí está el fundamento de la Iglesia. En la creación, Dios “cuelga la tierra sobre nada” (Job 26:7). Pero, El fundó su Iglesia sobre la roca inmóvil: “Tu eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” (Mat.16:16) Este glorioso hecho es referido por Isaías: “Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz.” (Isa.9:6)

Como el fuego ardía en la zarza que Moisés vio, así la plenitud de la divinidad moraba en el cuerpo de Cristo quien fue hecho carne y habitó entre nosotros. (vea Ex.3:2, Col.2:9 y Jn.1:14) El fuego eterno de la naturaleza divina estaba en la zarza de la frágil naturaleza humana; sin embargo, la naturaleza humana no fue consumida. Entonces, podemos ver “la gracia del que habitó en el arbusto” hacia nosotros los pecadores (Deut.33:16). Como se le dijo a Moisés que quitara sus pies, así nosotros debemos echar a un lado todas las imaginaciones y deseos que provienen de nuestra naturaleza caída a fin de que por medio de la fe lleguemos a ver la gloria de Cristo Jesús.

No es mi propósito dar una explicación o confirmación de la verdad gloriosa de las dos naturalezas (divina y humana) unidas en la persona de Cristo. Mi deseo ahora es el de estimular las mentes de los creyentes a una contemplación de la gloria de Cristo en el santo misterio de la constitución de su persona, es decir, como Dios y hombre en uno. Espero que lo siguiente nos anime a buscar de Dios, el espíritu de sabiduría y revelación para abrir los ojos de nuestro entendimiento.

1. Debemos estar absolutamente seguros de que esta gloria de Cristo en su naturaleza humana y divina es el mejor, el más noble y más útil tema en que podemos pensar. El apóstol Pablo dice que todas las demás cosas son como pérdida, y en comparación con ésta verdad, como el estiércol (vea Fil.3:8-10). Las Escrituras hablan de la necedad de las personas que gastan “el dinero en lo que no es pan, y el trabajo en lo que no sacia” (Isa.55:2). Ellos fijan sus pensamientos en sus placeres pecaminosos y rehusan ver la gloria de Cristo. Algunas personas son capaces de alcanzar pensamientos muy elevados acerca de la creación y la providencia divinas. Pero no hay ninguna gloria en estas cosas comparadas con la gloria de la doble naturaleza de Cristo. En el Salmo 8 David está meditando en la grandeza de las obras de Dios. Esto le hace pensar en la pobre y débil naturaleza humana, la cual parece como nada en comparación con la obra de Dios. Pero entonces, David empieza a admirar la sabiduría, la bondad y el amor divino en exaltar nuestra naturaleza humana (en la persona de Cristo) muy por encima de las obras de la creación. El apóstol explica esto en Heb.2:5-6; vea también el Salmo 8. Cuán placenteras y deseables son las cosas de este mundo: esposa, hijos, amigos, posesiones, poder y honor, etc.. Pero la persona que tiene todas estas cosas y también un conocimiento de la gloria de Cristo dirá: “¿A quién tengo yo en los cielos sino a tí? y fuera de tí, nada deseo en la tierra.” (Sal.73:25) Porque “¿Quién en los cielos se igualará a Jehová? ¿Quién será semejante a Jehová entre los hijos de los potentados?” (Sal.89:6) Una sola mirada a la hermosura gloriosa de Cristo es suficiente para conquistar y capturar nuestros corazones. Si no estamos mirando hacia El frecuentemente y pensando en su gloria es porque nuestras mentes están demasiado ocupadas en las cosas terrenales. Entonces, no estamos aferrándonos a la promesa de que nuestros ojos verán al rey en su hermosura.

2. Una de las actividades de la fe consiste de escudriñar las Escrituras porque ellas declaran la verdad acerca de Cristo. El mismo nos exhortó a hacerlo: “Escudriñad las Escrituras... porque ellas son las que dan testimonio de mí.” (Jn.5:39) Vemos la gloria de Cristo en las Escrituras de tres maneras:

I. Por las descripciones directas de su encarnación y de su carácter como el Dios hombre. Vea Gen.3:15; Sal.2:7-9; 45:2-6; 78:17-18; 110; Isa.6:1-4, 9:6; Zac.3:8; Jn.1:1-3; Fil.2:6-8; Heb.1:1-3, 2:4-16 y Apo.1:7 y 18.

II. Por incontables profecías, promesas y otras expresiones que nos conducen a considerar su gloria.

III. Por las instituciones sagradas de adoración divina que Dios estableció bajo el Antiguo Testamento, y por el testimonio directo dado respecto de El en el Nuevo Testamento. Isaías dijo: “Yo

vi al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo.” (Isa.6:1) Esta visión del Cristo divino fue tan gloriosa que los serafines cubrían sus rostros (vea Isa.6:1-3 y Jn.12:41). ¡Cuánto más grande fue la gloria revelada abiertamente en los días de los evangelios! Pedro nos dice que él y los otros apóstoles fueron testigos de la majestad de nuestro Señor Jesucristo: “Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad. Pues cuando El recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: Este es mi Hijo amado en el cual tengo complacencia.” (2 Pe.1:16-17) Deberíamos ser como aquel mercader que buscaba toda clase de perlas. Cuando encontró aquella perla de gran precio vendió todo lo que tenía y la compró (Mat.13:45-46). Cada verdad sagrada de la Escritura es una perla que nos enriquece espiritualmente. Pero cuando nos encontramos frente a la gloria de Cristo, encontraremos tanto gozo que jamás nos apartaremos de ésta perla preciosa. La gloria de la Biblia es que ahora es el único medio que nos enseña la gloria de Cristo.

3. Debemos meditar frecuentemente en el conocimiento de la gloria de Cristo que recibimos de la Biblia. Nuestras mentes deberían ser espirituales y santas, libres de las preocupaciones y los afectos terrenales. La persona que no medita ahora con deleite sobre la gloria de Cristo en las Escrituras, no tendrá ningún deseo real de ver esa gloria en el cielo. ¿Qué clase de fe y amor tienen las personas que tienen tiempo para meditar en muchas cosas, pero no tienen tiempo para meditar sobre este asunto glorioso?

4. Nuestros pensamientos deberían volverse hacia Cristo cada vez que tengamos oportunidad en cualquier momento del día. Si somos creyentes verdaderos y si la Palabra de Dios mora en nuestros pensamientos, entonces Cristo siempre estará cerca de nosotros (vea Rom.10:8). Descubriremos que El está dispuesto a hablar con nosotros y a tener comunión con nosotros. Cristo dice: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo.” (Apo.3:20) Es cierto, en ocasiones parece que Cristo se aleja de nosotros y no podemos escuchar su voz. Pero cuando esto ocurre, no debemos contentarnos sino que debemos actuar como la novia en los Cantares de Salomón y buscarle con diligencia: “Por las noches busqué en mi lecho al que ama mi alma; lo busqué y no lo hallé. Y dije: Me levantaré ahora, y rodearé por la ciudad; por las calles y por las plazas buscaré al que ama mi alma; lo busqué y no lo hallé. Me hallaron los guardas que rondan la ciudad, y les dije: ¿Habéis visto al que ama mi alma? Apenas hube pasado de ellos un poco, hallé luego al que ama mi alma; lo así y no lo dejé...” (Cant.3:1-4). La experiencia de la vida espiritual en un cristiano será fuerte en proporción con sus pensamientos y su deleite en Cristo quien vive en él. (Vea Gal.2:20) A veces se dice acerca de dos personas que el uno vive en el otro. Pero esto sólo puede suceder cuando sus corazones están tan unidos que ambos de día y de noche viven en los pensamientos uno del otro. Así debería de ser entre Cristo y los creyentes. Cristo mora en ellos por la fe, pero los creyentes experimentan el poder de su presencia solamente cuando sus pensamientos están llenos de El. Por lo tanto, si queremos ver la gloria de Cristo debemos llenarnos de pensamientos de El y de su gloria en todo tiempo. Y cuando Cristo esté ausente de nuestros pensamientos por un tiempo, entonces debemos regañarnos y ponernos a buscarle en la oración, la meditación, la lectura de la Palabra, etc..

5. Todos nuestros pensamientos acerca de Cristo y su gloria deberían ser acompañados por admiración, adoración y acción de gracias. Se nos manda amar al Señor con toda nuestra alma, mente y fuerzas (vea Mar.12:30). Si somos creyentes verdaderos, la gracia de Dios obrará en nuestras mentes y almas para ayudarnos a hacer esto. En la venida de Cristo como Juez en el día final, los creyentes serán llenos de un sentido abrumador de admiración ante su apariencia gloriosa, “cuando venga en aquel día, para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron” (2 Tes.1:10). Esta admiración se convertirá en adoración y acción de gracias como el ejemplo que se nos da en Apocalipsis 5:9-13 donde la Iglesia de los redimidos canta un nuevo cántico: “Y cantaban un nuevo

cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro, y de abrir sus sellos; porque tu fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación y nos has hecho para Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra. Y miré y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos; y su número era millones de millones, que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza. Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos”.

Hay algunas personas que esperan ser salvos por Cristo y ver su gloria en el próximo mundo, pero no se preocupan por meditar acerca de esta gloria en este mundo. Son como Martha quien se preocupaba de los muchos quehaceres y no como María quien escogió la buena parte sentándose a los pies de Cristo (vea Luc.10:38-42). Tales personas deberían tener cuidado de no descuidar el deber de meditar en la gloria de Cristo y también de no menospreciar este deber.

Algunos dicen que tienen el deseo de mirar la gloria de Cristo por la fe pero cuando empiezan a hacerlo, encuentran que les es demasiado alto y difícil. Se sienten abrumados como los discípulos en el monte de la transfiguración. Reconozco que la debilidad de nuestras mentes y nuestra incapacidad para entender mucho acerca de la gloria eterna de Cristo nos impide para mantener nuestros pensamientos firmes y fijos por mucho tiempo en la meditación. Aquellos que no están acostumbrados en el arte de la meditación santa no estarán habilitados para meditar en este misterio en particular. Pero aún así, cuando nuestra fe ya no puede concentrar los ojos de nuestro entendimiento para pensar en el Sol de justicia brillando en su hermosura, por lo menos podemos por medio de la fe descansar en santa admiración y amor.

CAPITULO 4

La Gloria de Cristo como Mediador:

I. Su Humillación

El pecado de Adán ha colocado un abismo tan grande entre la raza humana y Dios que toda la raza hubiera sido completamente arruinada a menos que se hubiera encontrado a una persona idónea para hacer la paz entre Dios y nosotros, es decir, para actuar como mediador. Dios no actuaría como ese mediador, ni tampoco había alguien en la tierra que pudiera hacerlo. “No hay entre nosotros árbitro (esta palabra en el hebreo equivale a “mediador”) que ponga su mano sobre nosotros dos.” (Job 9:33) No obstante, una paz justa entre Dios y el hombre tenía que ser realizada o nunca existiría ninguna paz. Entonces el Señor Cristo como el Hijo de Dios dijo: “Sacrificio y ofrenda no quisiste, mas me preparaste cuerpo... he aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad...” (Heb.10:5-7). Como el apóstol Pablo nos dice: “Hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre.” (1 Tim.2:5) Cristo se despojó a sí mismo y se humilló cuando “Tomó forma de siervo y se hizo semejante a los hombres” (Fil.2:7). Esto le hace glorioso ante los ojos de los creyentes. Veamos ahora tres cosas:

1. La grandeza de esta humillación. “Dios... se sienta en las alturas... y se humilla a mirar en el cielo y en la tierra” (Sal.113:5-6). “Como nada son todas las naciones delante de El; y en su comparación serán estimadas en menos que nada, y que lo que no es” (Isa.40:17). Existe una distancia infinita entre Dios y sus criaturas, y para El es un acto de pura gracia fijarse en las cosas terrenales. Cristo, como Dios, es completamente autosuficiente en su propia bienaventuranza eterna. ¡Cuán grande es entonces la gloria de su autohumillación, al tomar nuestra naturaleza con el fin de llevarnos a Dios! Esta humillación no fue por la fuerza, sino que El la escogió voluntariamente, se humilló para ser nuestro mediador. ¿Cuál corazón puede concebir la gloria de la condescendencia de Cristo? ¿Cuál lengua puede expresar la gracia que le trajo de la gloria infinita a tomar nuestra naturaleza en unión consigo mismo para interceder en favor nuestro?

2. La naturaleza especial de esta humillación. El Hijo de Dios no dejó de ser igual con Dios cuando vino a ser hombre. “El cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse” (Fil.2:6). Los judíos buscaban matarle porque El decía que: “Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios” (Jn.5:18). Cuando El tomó sobre sí la forma de un siervo en nuestra naturaleza, El vino a ser lo que jamás había sido antes pero El nunca dejó de ser lo que siempre había sido en su naturaleza divina. El, quien es Dios, nunca puede dejar de ser Dios. La gloria de su naturaleza divina estaba encubierta, así que todos aquellos que le vieron no creyeron que El era Dios. Sus mentes no podían entender algo que nunca antes había sucedido, es a saber que una y la misma persona fuera tanto Dios como hombre. Sin embargo, aquellos que creen, saben que El quien es Dios, se humilló a sí mismo para tomar nuestra naturaleza para la salvación de la Iglesia. Es cierto que nuestro Señor Jesucristo es una piedra de tropiezo y roca de caída para muchos hoy en día, quienes igual con los musulmanes y los judíos piensan de El como si solo fuera un profeta. Pero si quitamos el hecho de que El es tanto Dios como hombre, entonces también quitamos toda la gloria, la verdad y el poder del cristianismo. Los siguientes puntos nos ayudarán a entender la naturaleza especial de ésta humillación:

a. Cristo no dejó a un lado su naturaleza divina. “Siendo en la forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse.” (Fil.2:6). Cristo en autoridad, dignidad, poder y majestad era igual a Dios.¹

¹ Nota del traductor: Un análisis de Filipenses 2:6-7 nos ayudará en la comprensión de este punto.

1. “Siendo” = Esta palabra tiene los siguientes significados: “Ya existiendo continuamente”, “siendo originalmente”, “desde la eternidad”, “existiendo desde siempre”. El participio presente nos indica un estado permanente.

Esta expresión es casi igual a lo que dice el apóstol Juan: “En el principio era el Verbo... y el Verbo era Dios”. La palabra “era” es idéntica en su significado a la palabra “siendo” porque ambas indican una existencia perpetua.

También la palabra “siendo” denota “pertenencia”: “Siendo en la forma de Dios” indica que poseía la “forma de Dios” como suya, la forma de Dios le pertenecía como su propia posesión.

2. “Forma de Dios” = La palabra “forma” significa la esencia de una cosa o persona; la suma o totalidad de las características y cualidades que hacen que una cosa sea; la cosa precisa que es; lo que es esencial y permanente en la naturaleza de una cosa o persona.

Entonces, “siendo en la forma de Dios” quiere decir que Cristo es Dios, ya que todo lo que hace que Dios sea Dios le pertenece como suyo. Todas las características y cualidades de Dios le pertenecen, lo que es esencial y permanente en la naturaleza divina, existe y siempre ha existido en Cristo, la segunda persona de la trinidad.

Esto significa que Cristo posee y siempre ha poseído todos los atributos de Dios (Omnipotencia, Omnipresencia, Omnisciencia, Inmutabilidad, Eternidad, Soberanía, etc.) incluso la majestad y la gloria divinas; o sea que Cristo posee “toda la plenitud de Dios”. (Vea Col.2:9).

3. “No estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo.” Esto significa que en su encarnación Cristo dejó voluntariamente su propia gloria y su propia majestad “visibles”. Es decir, dejó la manifestación abierta de su gloria y majestad divinas. Al venir a este mundo a tomar sobre sí la naturaleza humana, Cristo se despojó no de su divinidad, sino del ejercicio manifiesto de sus derechos y prerrogativas como Dios y como uno e igual con el Padre. La igualdad a la cual no se aferró; fue la igualdad “de trato” y de dignidad “manifiesta y reconocida”. Cristo aceptó voluntariamente dejar su gloria celestial y el ejercicio pleno de su Señorío y de su Soberanía.

4. “Se despojó a sí mismo”. No se despojó de su divinidad, sino que se despojó de su gloria visible; la ocultó tras el velo de su humanidad. (Jn.17:5 y Mat.17:2) Se despojó temporalmente de sus riquezas (2 Cor.8:9), del ejercicio de su autoridad independiente (Jn.6:38); se despojó de sus derechos como el autor de la ley, sometién dose a ella para obedecerla en lugar de los creyentes (Gal.4:4-5).

5. “Tomando forma de siervo”. Aquí encontramos el pleno significado de cómo fue que Cristo se despojó; Cristo vino a este mundo como el siervo del Padre a fin de cumplir el plan eterno de la redención. (Mar.10:45). Podemos decir que en su naturaleza divina como igual al Padre, Cristo no estaba subordinado al Padre, pero en su naturaleza humana tomó la forma de un siervo.

6. “Hecho semejante a los hombres”. Dice “semejante” toda vez que no tomó la naturaleza humana pecaminosa, sino la naturaleza humana pero sin pecado. (Vea Rom.8:3 y Heb.4:15). Cristo llegó a ser verdaderamente hombre con excepción del pecado. “Y aquel Verbo fue hecho carne” (Jn.1:14). El fue realmente hombre, no simplemente en apariencia sino también en realidad. Estuvo nueve meses en el vientre materno; nació en un pesebre; conoció el hambre, la sed, el cansancio, la congoja, el dolor y la muerte. Este es el misterio de la encarnación; la unión de la naturaleza divina y la naturaleza humana en una sola persona, perfectamente Dios y perfectamente hombre. Esto es lo que da valor infinito a su sacrificio y a su justicia, y esto es lo que le constituye como el único mediador entre Dios y los hombres.

Esta es entonces la gloria de Cristo, su voluntad dispuesta a humillarse a sí mismo en su encarnación. “Se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz” (Fil.2:8). Sin embargo, al llegar a ser Hijo del hombre, no dejó de ser lo que era, el eterno Hijo de Dios.

b. Cristo no convirtió su naturaleza divina en una naturaleza humana. Esto es lo que los antiguos arrianos enseñaban, que en Cristo la sustancia de la naturaleza divina se convirtió en carne, tal como el milagro donde el agua fue convertida en vino. Conforme a ellos, por un acto del poder divino, dejó de ser agua y llegó a ser solamente vino, no agua mezclada con vino. Así los arrianos suponían que hubo un cambio sustancial de una naturaleza en otra; es decir, que la naturaleza divina se convirtió en una naturaleza humana en la misma manera que los católicos se imaginan que el pan y el vino (por la transubstanciación) se convierten verdaderamente en el cuerpo y la sangre de Cristo.

Pero esta doctrina destruye ambas naturalezas de Cristo y le deja como una persona que ya no puede ser nuestro mediador. Según esta enseñanza, en la encarnación Cristo dejó de ser Dios.

c. En su humillación para llegar a ser nuestro mediador, Cristo no cambió, ni alteró su naturaleza divina. Eutiquio (378-454 D.C.) y sus seguidores enseñaban que las dos naturalezas de Cristo, la divina y la humana, fueron mezcladas y compuestas en una sola. Pero esto no pudiera suceder sin que la naturaleza divina se alterase, algo que no es posible que suceda. Puesto que en la naturaleza divina no hay “mudanza, ni sombra de variación” (Stg.1:17). Permaneció la misma en El (Cristo) en todas sus cualidades esenciales y en su bienaventuranza, tal como ha sido desde la eternidad. El Señor Jesucristo hizo y sufrió muchas cosas en su vida y en su muerte como un ser humano. Pero todo lo que hizo y sufrió como un ser humano fue hecho y sufrido por su personalidad completa, aunque lo que hizo y sufrió como un ser humano no fue realmente hecho por su naturaleza divina. (Por ejemplo: Jesucristo murió, pero sólo en su naturaleza humana puesto que Dios no puede morir.) Pero, ya que su naturaleza humana fue parte de su personalidad completa, se podría decir que fue hecho por él mismo como Dios. Por ejemplo Hech.20:28 dice que Dios ganó la Iglesia con su propia sangre.

d. ¿Qué hizo Cristo el Señor cuando se humilló a sí mismo para llegar a ser hombre?

I. Cristo, El Eterno Hijo de Dios, por un acto inexpresable de su amor y poder divinos, tomó sobre sí nuestra naturaleza humana y la hizo suya, tal como la naturaleza divina es también suya. La naturaleza humana es común a todos nosotros, pero llega a ser especialmente nuestra como individuos cuando nacemos; y así es que somos individuos, diferentes de los demás. Así Cristo el Señor tomó la naturaleza humana la cual es común a todos nosotros y la hizo especialmente suya, y llegó a ser “el hombre, Cristo Jesús”.

II. Debido a que se encontraba en la tierra, viviendo y sufriendo en nuestra naturaleza, la gloria de su personalidad divina (como la Segunda Persona de la Trinidad) estaba encubierta.

III. Aunque Cristo tomó nuestra naturaleza para hacerla suya, no la convirtió en algo divino

sino que la preservó como enteramente humana. El realmente actuó, sufrió, fue probado, tentado y desamparado, del mismo modo como cualquier otro hombre (pero sin pecado).

3. La gloria de Cristo en su humillación. Aún si fuéramos ángeles, no podríamos describir la gloria manifiesta en la sabiduría divina del Padre y el amor del Hijo al humillarse para llegar a ser hombre. Esto es un misterio, porque Dios es grande y sus caminos están más allá que el entendimiento de sus criaturas. No obstante, es la gloria de la religión cristiana que Aquel quien es verdaderamente Dios, se despojó a sí mismo de tal manera que en comparación con otros El dijo, “yo soy gusano y no hombre” (Sal.22:6).

¿Estamos cargados con una consciencia de nuestro pecado? ¿Estamos perplejos con las tentaciones? Entonces, una mirada a esta gloria de Cristo nos dará apoyo y alivio. “El será por santuario” (Isa.8:14). Aquel que se despojó y se humilló a sí mismo para nuestro beneficio, no obstante, no perdió nada de su poder como el Dios eterno. El mismo nos salvará de todas nuestras angustias. Si no vemos ninguna gloria en esto, es porque no hay ningún conocimiento espiritual ni fe en nosotros. La gloria de Cristo como mediador es “el reposo que da reposo al cansado; y este es el refrigerio” (Isa.28:12).

Por lo tanto, le ruego que medite por fe en la naturaleza doble y única de Cristo. Esto tiene un propósito firme y práctico. Como creyentes deberíamos practicar la autonegación y estar dispuestos a tomar nuestra cruz. Pero no podemos hacer esto sin una consideración correcta de la autonegación del Hijo de Dios (Vea Fil.2:5-8). ¿Qué son las cosas de este mundo, aún nuestros seres queridos y nuestras propias vidas (las cuales pronto terminarán) en comparación con la gloria de Cristo cuando se despojó a sí mismo para venir a este mundo? Cuando empezamos a pensar de estas cosas, pronto llegamos al punto cuando nuestro razonamiento humano se queda atrás y solo podemos adorar en fe y maravillarnos del misterio de la encarnación. Me gustaría ser llevado a este punto cada día. Cuando encontremos que el objeto en el cual nuestra fe se fija, es demasiado grande y glorioso para nuestra comprensión, entonces seremos llenos de admiración santa, adoración humilde y un agradecimiento gozoso.

CAPITULO 5

La Gloria de Cristo como Mediador:

II. Su Amor

Hay muchas Escrituras que se refieren al amor de Cristo. Por ejemplo, “el Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gál.2:20); “en esto hemos conocido el amor, en que El puso su vida por nosotros...” (1 Jn.3:16); “Al que nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre” (Apo.1:5). La parte más brillante de la gloria divina es su amor. En el amor no hay temor, sino que todo es atractivo y consolador.

Cristo llegó a ser un mediador debido al amor del Padre quien escogió salvar a un incontable número de personas a través de la sangre derramada de Cristo y la santificación por el Espíritu (Vea 2 Tes.2:13-16; Ef.1:4-9 y 1 Pe1:2). La elección revela la gloria de la naturaleza divina, la cual es amor. Porque Dios es amor, cualquier comunicación que hace a su pueblo tiene que ser en amor (1 Jn.4:8-9,16). El amor de Dios es el fundamento de nuestra redención y salvación. La elección es un acto eterno de la voluntad de Dios y por lo tanto, no puede estar basada en ninguna cosa ajena a El mismo. No había nada en los elegidos que motivara a Dios a amarlos. Nosotros no hicimos nada para persuadir a Dios a escogernos. Cualquier bondad en la criatura es el efecto del amor de Dios (Vea Ef.1:4). El amor divino es la fuente eterna de la cual la Iglesia recibe su vida mediante Cristo.

Es por medio de muchos actos de amor que la elección es llevada a su propósito haciendo una realidad la salvación de todos aquellos que Dios escogió salvar. Fue debido a que Dios escogió salvar a un pueblo de esta raza pecaminosa, que el oficio de Cristo como mediador fue necesario. También

fue debido a que el Hijo de Dios nos amaba que estuvo dispuesto a ser nuestro mediador y realizar todo el propósito del amor del Padre.

Para entender mejor el amor de Cristo por los elegidos, debemos notar los siguientes puntos:

1. El número total de los elegidos eran criaturas hechas a la imagen de Dios.

2. De esta condición, cayeron en pecado y en un estado de enemistad contra Dios. Esto trajo sobre ellos toda la miseria y tristeza que el pecado ocasiona, no sólo en esta vida sino también en la venidera.

3. Pero a pesar de esta terrible catástrofe, existía la posibilidad de restaurar nuestra naturaleza a su estado original, a un estado de comunión con Dios.

4. Entonces, el primer acto de amor de Cristo hacia los elegidos fue de compasión y de misericordia. Una criatura hecha en la imagen de Dios pero caída en miseria y no obstante, capaz de ser restaurada, es verdaderamente un objeto de la compasión y misericordia divinas. Pero no puede haber ninguna compasión y misericordia hacia aquellos que nunca pueden ser restaurados. Entonces, el Señor Jesucristo no tuvo compasión ni misericordia de los ángeles caídos porque su naturaleza no podía ser restaurada (vea Heb.2:14-16).

5. El segundo acto del amor de Cristo hacia los elegidos fue el de deleitarse en ellos y en la posibilidad de su salvación. Cristo se deleitaba en hacerse responsable por la salvación de ellos y en traer la gloria a Dios por esta salvación.

6. Pero, alguien pudiera preguntar ¿Porqué Cristo, quien es bendito eternamente y suficiente en sí mismo se preocupó tanto por nuestra condición perdida y desamparada? ¿Qué fue lo que le motivó a tener compasión y misericordia de nosotros? No fue porque viera algo bueno en nosotros, sino simple y sencillamente por el amor infinito y la bondad de su propia naturaleza (Ti.3:5).

7. Su voluntad dispuesta en ser nuestro mediador y su deleite en salvarnos no fueron disminuidos por el conocimiento de las grandes dificultades que tendría que enfrentar. La salvación de los elegidos le involucraría en grandes dificultades y pruebas. Para la naturaleza divina no hay nada difícil ni gravoso, pero Cristo tendría que enfrentar estas dificultades en una naturaleza humana. Para salvarnos, Cristo tendría que perseverar hasta que su alma fuera entristecida hasta la muerte. Para salvarnos de la ira y la justicia de un Dios Santo, tendría que sufrir El mismo esta ira y justicia divinas. Pero, muy lejos de desanimarse, su amor crecía como las aguas de un río que saltan todo obstáculo. Como El dice en el Salmo 40:7-8, “He aquí vengo... el hacer tú voluntad, Dios mío, me ha agradado”.

8. Entonces un cuerpo le fue preparado (Heb.10:5-7). En este cuerpo o naturaleza humana, Cristo realizaría nuestra redención. Su naturaleza humana fue llena de gracia y de amor ferviente hacia la humanidad, y así Cristo fue hecho apto para realizar el propósito de su amor eterno.

9. Está claro que el glorioso amor de Cristo no fue solamente divino sino también humano. El amor del Padre revelado en el propósito eterno de comunicar gracia y gloria a los elegidos, fue un amor divino. Pero el amor de Cristo fue también humano. Este amor que procede de sus dos naturalezas distintas es sin embargo el amor de una sola persona, Cristo Jesús. Fue un acto inexpresable de amor cuando Cristo tomó nuestra naturaleza humana, pero fue un acto que procedió sólo de su naturaleza divina (puesto que en ese momento su naturaleza humana no existía). Su muerte en pro de nosotros fue también un acto inefable. No obstante, su muerte fue sólo un acto de la naturaleza humana en la cual se ofreció a sí mismo y murió puesto que Dios no puede morir. Pero ambos actos de amor fueron actos de su única persona humana y divina como leemos en 1 Juan 3:16, “En esto hemos conocido su amor, en que El puso su vida por nosotros”.

No debemos contentarnos con ideas vagas acerca del amor de Cristo. Les ruego que preparen sus mentes para pensar en las cosas celestiales y meditar con seriedad en la gloria del amor de Cristo. Esto no lo podremos hacer si nuestras mentes siempre se encuentran llenas de pensamientos terrenales. A fin de tener ideas claras y distintas del amor de Cristo, pensaremos en los siguientes puntos:

1. Debemos considerar cual amor es éste: Es el amor del Hijo de Dios quien es también el Hijo de hombre. Como El es único, también su amor es único.

2. Piense en la sabiduría, la bondad y gracia manifestadas en los actos eternos de su naturaleza divina; y en la misericordia y amor de su naturaleza humana, manifiestas en todo lo que hizo y sufrió por nosotros (vea Ef.3:19, Heb.2:14-15 y Apo.1:5).

3. ¿Merecíamos el amor de Cristo? No; merecíamos su ira, pero “en esto consiste el amor: No en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que El nos amó a nosotros y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Jn.4:10). El amor de Cristo no se disminuyó por el hecho de que nosotros no fuéramos dignos de ser amados.

4. ¿Qué procuró el amor divino para nosotros? Procuró nuestra salvación eterna y nuestro disfrute de Dios para siempre.

Debemos meditar en las enseñanzas de las Escrituras, las cuales contienen la dulzura del amor de Cristo. No debemos contentarnos con el hecho de tener ideas correctas en nuestra mentes acerca del amor de Cristo, sino que debemos saborear este amor en nuestros corazones (Vea Cant.2:2-5). Cristo es el alimento de nuestras almas. No hay un nutriente espiritual más alto que su amor hacia nosotros, el cual siempre deberíamos desear.

CAPITULO 6

La Gloria de Cristo como Mediador:

III. Su Obediencia

Hubo una gloria invisible en todo lo que Cristo hizo y sufrió en la tierra. Si la gente la hubiera visto, no hubieran crucificado al Señor de gloria. No obstante, esa gloria fue revelada a algunos: los discípulos “vieron su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y verdad” (Jn.1:14). Pero los demás “no vieron ni hermosura ni atractivo en El” (Isa.53:2) y así es hasta el día de hoy. Ahora consideraremos la gloria de la obediencia de Cristo:

1. Cristo escogió obedecer. Cristo dijo: “He aquí vengo para hacer tu voluntad” (Heb.10:7), pero Cristo no estaba bajo ninguna obligación de hacer esto. Nosotros como criaturas estamos sujetos a la ley de Dios, querámoslo o no. Pero Cristo no es como nosotros puesto que en su naturaleza divina El era el autor de la ley, estaba por encima de la ley y en ningún sentido sujeto a sus reclamos o a su maldición.

En la voluntad dispuesta de Cristo a obedecer consiste la gloria de su obediencia. Por ejemplo, Juan el Bautista sabía que Jesús no tenía ninguna necesidad de bautizarse porque era impecable, pero Cristo dijo: “Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia” (Mat.3:15). Al ser bautizado, Cristo se identificó voluntariamente con los pecadores.

2. La obediencia de Cristo no fue para El mismo sino para nosotros, quienes estábamos obligados a obedecer pero no podíamos. Cristo no estaba obligado a obedecer, pero por un acto libre de su propia voluntad lo hizo. Dios le dio este honor que El obedeciera en lugar de toda la Iglesia, a fin de que “por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos” (Rom.5:19). La obediencia de Cristo sería aceptada en lugar de la nuestra en cuanto a nuestra justificación.

3. La obediencia de Cristo a cada parte de la ley fue perfecta. La ley fue gloriosa cuando los diez mandamientos fueron escritos por el dedo de Dios. La ley aparece aún más gloriosa cuando es obedecida “de corazón” por los creyentes. Pero es solamente por la obediencia absoluta y perfecta de Cristo que la santidad de la ley de Dios es vista en toda su gloria. El Señor de todo, quien hizo todo, vivió en la obediencia estricta a toda la ley de Dios. Porque El era una persona única, su obediencia posee una gloria única.

4. Cristo fue perfectamente obediente a pesar de muchas dificultades y oposición. Aunque no

existía pecado en El que impidiera su obediencia (como sucede con nosotros), de todas maneras en forma externa tuvo que enfrentarse con muchas cosas que pudieran haberle desviado del camino de la obediencia. Toda clase de tentaciones, sufrimientos, acusaciones y contradicciones fueron en su contra, “aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia” (Heb.5:8).

5. La gloria de esta obediencia consiste principalmente de la persona por quien fue rendida a Dios. El fue ni más ni menos que el Hijo de Dios hecho hombre. El, quien hizo el cielo, el Señor de todo, vivió en el mundo no teniendo ninguna reputación ni gloria terrenal, mas bien se obligó a obedecer toda la ley de Dios perfectamente. El, a quien la oración es ofrecida, oraba El mismo de día y de noche. El, quien es el objeto de la adoración de todos los ángeles del cielo y de todas la criaturas, cumplió con todos los deberes que la adoración de Dios exige. El, quien fue el Señor y Dueño de toda la casa, llegó a ser el siervo más humilde de su casa, cumpliendo con todos los deberes más humillantes que esto implicó. El, quien hizo todos los hombres y en cuyas manos están como la masa en las manos del alfarero, observó entre ellos las reglas más estrictas de justicia dando a cada uno lo que le correspondía, y en amor dio buenas dádivas a quienes nada merecían. Esto es lo que hace la obediencia de Cristo tan misteriosa y gloriosa.

Ahora consideren la gloria de la obediencia de Cristo manifestada en sus sufrimientos. Nadie jamás ha podido sondear las profundidades de los sufrimientos de Cristo. Debemos mirarle como bajo el peso de la ira de Dios y también bajo la maldición de la ley, tomando sobre sí todo el castigo que Dios amenazaba contra el pecado y contra los pecadores. Veámosle en su agonía sudando grandes gotas de sangre, en su clamor y lágrimas cuando la tristeza de la muerte le llenó de horror ante la vista de todas las cosas que se le avecinaban. Veámosle luchando con los poderes de las tinieblas y con el enojo y la locura de los hombres. Veámosle sufriendo en su alma, su cuerpo, su nombre, su reputación y su vida. Algunos de estos sufrimientos le fueron directamente impuestos por Dios. Otros vinieron de los demonios y de los hombres malvados quienes actuaron según el determinado consejo y designio de Dios. Veámosle orando, llorando, clamando, sangrando, muriendo y haciendo de su alma una ofrenda por el pecado (Vea Isa.53:8).

“¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!” (Rom.11:33) ¡Qué por nosotros el eterno Hijo de Dios se sometiera a todo lo que nuestros pecados merecían para que fuésemos redimidos! ¡Cuán glorioso debe ser entonces Cristo ante los ojos de los creyentes redimidos!

Porque Adán pecó, él y todos sus descendientes están delante de Dios listos a perecer bajo la desaprobación divina. Ante esta circunstancia, el Señor Jesús viene a los pecadores con una invitación: “¡Pobres criaturas, cuán triste es su condición! ¿Qué ha pasado a la hermosura y belleza de la imagen divina en la cual fueron creadas? Ahora llevan la imagen deformada de satanás y aún peor, la miseria eterna está esperándoles. Pero, una vez más ¡alcen sus ojos y miren a mí! Yo me colocaré en su lugar. Llevaré la carga de culpa y de castigo la cual les hundiría en el infierno para siempre. Seré maldito temporalmente por ustedes a fin de que ustedes puedan tener la bienaventuranza eterna.

Miremos a la gloria de Cristo manifestada en el Evangelio: Jesucristo es crucificado ante nuestros ojos (vea Gál.3:1). Entenderemos las Escrituras sólo hasta el punto en que veamos en ellas el sufrimiento y la gloria de Cristo. La sabiduría del mundo no puede ver en esto más que locura. Pero es en estos sufrimientos que podemos contemplar la gloria de Cristo como nuestro mediador. “Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo...” (2 Cor.4:3-4).

CAPITULO 7

La Gloria de Cristo como Mediador:

IV. Su Exaltación

Veremos ahora la gloria de Cristo la cual siguió a sus sufrimientos. Esta es la misma gloria que El tuvo con el Padre antes de la fundación del mundo. Cristo oraba para que sus discípulos estuvieran con El y vieran su gloria (Jn.17:5, 24). Mientras que estaba en este mundo en la forma de un siervo, esta gloria estaba velada. Cuando hay un eclipse de sol, su belleza, luz y gloria dejan de verse por un tiempo, y así la plena hermosura, luz y gloria de Cristo fueron temporalmente eclipsadas mientras que estuvo en la tierra. No obstante, su gloria será vista con gozo inefable y maravilloso por aquellos que estarán con El en el cielo.

La “gloria de Cristo” en su exaltación, no es la gloria esencial de su naturaleza divina, sino la revelación de esa gloria después de que había estado oculta en este mundo bajo la “forma de un siervo”. La gloria divina en sí misma no pertenece a la exaltación de Cristo, sino mas bien la revelación de esta gloria es la que pertenece a esta exaltación. Esta gloria tampoco consiste simplemente de la glorificación de su naturaleza humana, aunque esto está incluido en su exaltación.

La misma naturaleza que Cristo tomó en su encarnación es ahora exaltada en gloria. Por supuesto, no podemos comprender con plenitud, la verdadera naturaleza de la glorificación de la humanidad de Cristo, como tampoco comprendemos plenamente lo que seremos nosotros en el cielo (1 Jn.3:2). Pero el hecho de que es la misma naturaleza humana que él tuvo en la tierra y el mismo cuerpo en que nació, vivió, murió y resucitó, es una creencia fundamental de la fe cristiana.

Esta naturaleza del hombre Cristo Jesús está llena con todas las gracias divinas y perfecciones de las cuales la limitada naturaleza humana es capaz de llenarse. Pero no está mezclada con su naturaleza divina, ni tampoco ha sido deificada. Su naturaleza humana no tiene ninguna propiedad esencial de la deidad que le haya sido comunicada a ella. Su naturaleza humana no fue hecha omnisciente, omnipresente ni omnipotente, sino que fue exaltada muy por encima de la gloria de los ángeles y los hombres. Está más cerca a Dios; goza de más comunión con Dios, de más gloriosa luz, amor y poder divinos que cualquier ángel u hombre. Sin embargo, es humano.

Los creyentes también tendrán una naturaleza humana glorificada en el cielo: “seremos semejantes a El, porque le veremos tal como El es” (1 Jn.3:2). Pero nuestra naturaleza humana glorificada no será tan gloriosa como la de El. “Una es la gloria del sol, otra la gloria de la luna, y otra la gloria de las estrellas, pues una estrella es diferente de otra en gloria.” (1 Cor.15:41)

Existe una diferencia de gloria entre las estrellas, una diferencia aún más grande entre el sol y las estrellas. Tal será la diferencia entre la naturaleza humana glorificada de Cristo y la naturaleza humana glorificada de los creyentes en la eternidad.

¿De qué consiste la gloria de Cristo en su exaltación? Consiste de lo siguiente:

1. La exaltación de su naturaleza humana en unión con la naturaleza divina muy por encima de toda la creación en poder, dignidad, autoridad y señorío. Esto es lo que hace a la persona de Cristo gloriosa.

2. Dios el Padre le dio la gloria y la dignidad más grande que pueden ser dadas a una criatura cuando le hizo sentarse a su diestra en la majestad en las alturas. Dios hizo esto a causa de su infinito amor hacia Cristo y su deleite en lo que Cristo ha hecho como mediador entre Dios y los hombres.

3. A esto se añade la plena manifestación de su propia sabiduría, su amor y su gracia divinas en la obra de mediador y redentor de la Iglesia. Esto puede ser visto aquí en la tierra solamente por medio de la fe, pero en el cielo brilla en todo su fulgor para el gozo eterno de aquellos que lo contemplan.

Esta es aquella gloria que Cristo pedía en su oración que los creyentes disfrutaran. La gloria la cual Cristo posee en el cielo actualmente puede ser entendida solamente por la fe. Personas necias

usando sus propias imaginaciones humanas han tratado de representar esta gloria por medio de imágenes, pinturas y esculturas. Esta es la manera en la cual la Iglesia católica presenta la gloria de Cristo a la mente y a los corazones no espirituales, de personas supersticiosas. Pero se equivocan no conociendo las Escrituras ni la gloria eterna del Hijo de Dios. No debemos tratar de imaginarnos la imagen de una persona gloriosa en el cielo, sino que debemos usar la fe para meditar en la descripción de la gloria de Cristo que tenemos en las Escrituras.

No debemos poner el pretexto de que tendremos tiempo suficiente para considerar esta gloria cuando llegemos al cielo. Si no tenemos algún conocimiento por la fe de esta gloria de Cristo aquí y ahora, entonces quiere decir que no tenemos ningún deseo real para verla en el cielo. Todos nosotros somos muy egoístas y nos contentamos con el hecho de que nuestros pecados han sido perdonados y que hemos sido salvados por Cristo. Pero nuestra fe y nuestro amor deberían estimularnos a poner a Cristo y sus intereses por encima de todo lo demás.

¿Quién es ahora rodeado con gloria y poder a la diestra de la majestad en las alturas? Es Aquel quien fue pobre, menospreciado, perseguido y muerto para nuestra salvación. Es el mismo Jesús que nos amó y se dio a sí mismo por nosotros y nos redimió con su propia sangre. Si realmente valoramos su amor y participamos en los beneficios que surgen de lo que El hizo y sufrió, entonces solamente nos queda regocijarnos en su presente estado de gloria.

¡Bendito Jesús! No podemos añadir nada a Tí, ni a Tu gloria. Pero es el gozo de nuestros corazones que Tu seas exaltado tan gloriosamente a la diestra del Padre. Anhelamos ver esa gloria más plena y claramente como tu oraste y prometiste que la veríamos.

CAPITULO 8

La gloria de Cristo ilustrada en el Antiguo Testamento

Sabemos que el Antiguo Testamento trata acerca del Señor Jesucristo. Moisés y los profetas y todas las Escrituras testifican acerca de Cristo y de su gloria. Los judíos no vieron a Cristo ni su gloria en las Escrituras, porque tenían el velo puesto sobre su entendimiento. Este velo sólo puede ser quitado por el Espíritu de Dios (2 Cor.3:14-16). En seguida mostraré algunas maneras en que la gloria de Cristo fue presentada a los creyentes bajo el Antiguo Testamento.

1. La gloria de Cristo fue revelada por medio de la adoración prescrita bajo la ley. Dios dio por medio de Moisés una bella orden de adoración. Hubo un tabernáculo (y más tarde el templo) con el lugar santísimo, el arca, el propiciatorio, el sumo sacerdote, los sacrificios y el derramamiento de sangre. Pero éstas fueron simplemente sombras que apuntaban hacia Cristo (quien es el único sacrificio por el pecado) y hacia su actividad continua como nuestro sumo sacerdote. Todo lo que Moisés hizo en la edificación del tabernáculo y su adoración tuvo la intención de testificar de la persona y de la obra de Cristo, las cuales serían reveladas posteriormente. También el Espíritu de Cristo estuvo en los profetas “el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo y las glorias que vendrían tras ellos” (1 Pe.1:11).

2. La gloria de Cristo fue representada bajo el Antiguo Testamento en la narración mística de su comunión con su Iglesia en amor y gracia. Esta narración está escrita en el libro de los Cantares de Salomón. Esta narración es un registro del amor divino y gracia de Cristo hacia su Iglesia con expresiones de su amor hacia El y su deleite en El. Este libro ha sido grandemente descuidado y mal entendido. Unos pocos días o unas cuantas horas ocupados en el disfrute de la comunión amorosa con Cristo, nos conducirían a tener un mejor aprecio por este libro. La comunión con Cristo descrita en sus páginas es una bendición más grande que todos los tesoros de la tierra. Pero debido a que estas cosas son entendidas por muy pocos, este libro es descuidado si no es que hasta menospreciado. Pero, si

nosotros que hemos sido favorecidos con la revelación neotestamentaria acerca de Cristo entendemos menos de su gloria que los creyentes veterotestamentarios, entonces seremos juzgados como no dignos de haber recibido el Nuevo Testamento.

3. La gloria de Cristo fue representada y manifestada bajo el Antiguo Testamento por sus apariciones en la forma de un hombre. En estas apariciones, Cristo asumió la forma de un hombre para anunciar lo que algún día llegaría a ser en su encarnación. En esta forma Cristo apareció a Abraham, a Jacob, a Moisés, a Josué y a otros. Bajo el Antiguo Testamento Cristo continuamente asumió sentimientos y emociones humanas que daban a entender que vendría un tiempo cuando tomaría una naturaleza humana. Por lo tanto, el Antiguo Testamento se refiere a El como enojado, como agradecido, arrepentido, y como exhibiendo todas la demás emociones humanas. Esto apuntaba hacia adelante cuando realmente llegaría a ser el hombre Cristo Jesús.

4. La gloria de Cristo bajo el Antiguo Testamento fue representada también por visiones proféticas. El apóstol Juan nos dice que la visión que tuvo Isaías acerca de la gloria del Señor (Jehová), fue en realidad una visión de la gloria de Cristo (vea Isa.6:1-7 y Jn.12:41). Cuando Isaías vio la gloria de Dios se llenó de terror hasta que su pecado fue quitado por medio de un carbón encendido tomado del altar. Esto fue una ilustración del poder purificador del sacrificio de Cristo.

5. La doctrina de la encarnación de Cristo fue revelada bajo el Antiguo Testamento, pero no tan claramente como lo fue revelada en el Evangelio. Un sólo ejemplo basta para demostrar este punto: “Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre” (Isa 9:6). Sólo este testimonio es suficiente para confundir a los judíos y a todos los enemigos de la gloria de Cristo. Aunque los profetas profetizaron la gloria venidera de Cristo, no entendieron completamente lo que escribieron. Pero ahora, cuando cada palabra de esta revelación ha sido aclarada para nosotros en el Evangelio, sería ceguera negarnos a recibirlo. No es más que el orgullo diabólico de los corazones humanos lo que les ciega a la verdad de la gloria de Cristo manifestada en el Antiguo Testamento.

6. La gloria de Cristo bajo el Antiguo Testamento fue revelada en las promesas, profecías y predicciones acerca de su persona, su venida, sus oficios, su reino y su gloria. Estas promesas y profecías son como una línea de vida que corre a través de todo el Antiguo Testamento. Cristo explicó estas cosas a sus discípulos usando los escritos de Moisés y de todos los profetas (vea Luc.24:27, 44-46). No sacaremos ningún beneficio de la lectura del Antiguo Testamento a menos que busquemos y meditemos sobre la gloria de Cristo en sus páginas.

7. La gloria de Cristo bajo el Antiguo Testamento es revelada por medio de muchos nombres dados al Señor Cristo que manifiestan sus excelencias en distintas maneras. Entre otros nombres, Cristo es llamado la rosa y el lirio por la dulzura de su amor y la belleza de su gracia y obediencia. En el Nuevo Testamento Cristo es llamado como una perla por su gran valor, una vid por su fertilidad, un león por su gran poder y un cordero por su aptitud para el sacrificio. Menciono estas cosas no con el propósito de estudiarlas ahora, sino simplemente para estimular nuestros pensamientos acerca de su significado puesto que nos revelan algo del carácter glorioso de Cristo.

CAPITULO 9

La gloria de Cristo en su unión con la Iglesia

Nuestra unión con Cristo es tan real que ante los ojos de Dios es como si nosotros hubiésemos hecho y sufrido lo que Cristo hizo y sufrió para redimir a la Iglesia. Cristo actuó gloriosamente cuando “llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero” y cuando “padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios” (1 Pe.2:24, 3:18). El propósito de nuestro santo y justo Dios fue el de salvar a su Iglesia, pero no podría pasar por alto su pecado sin castigarlo. Por lo tanto, fue necesario que el castigo de ese pecado fuese transferido de aquellos que lo merecían pero no podrían soportarlo, a otro quien no lo merecía pero que si era capaz de sobrellevarlo. Este es el fundamento de la fe cristiana y toda la revelación divina contenida en la Escritura. Consideremos un poco más de cerca esta verdad y fijémonos cuán llena es de la gloria de Cristo.

1. No está en contra de la justicia divina que alguno sufra el castigo por los pecados de otros. Por el momento confirmaré esta declaración diciendo que Dios quien no puede ser injusto ha actuado así muchas veces. Por ejemplo, cuando David pecó, setenta mil hombres fueron destruidos por el ángel de Jehová. “Y David dijo a Jehová cuando vio al ángel que destruía al pueblo: Yo pequé, yo hice la maldad; ¿Qué hicieron estas ovejas?” (2 Sam.24:15-17). Cuando los hijos de Judá fueron llevados cautivos (cautiverio Babilónico), Dios los castigó por los pecados de sus antepasados, especialmente aquellos pecados cometidos en los días de Manasés (vea 2 Rey.23:26-27). Los siete hijos de Saúl fueron muertos a causa de los pecados de su padre (2 Sam.21:9-14). Así fue también con los hijos y los infantes que perecieron en la destrucción de Sodoma y Gomorra. En la destrucción final de la nación judía, Dios los castigó por haber derramado la sangre de todos los profetas desde el principio del mundo (Luc.11:50-51). No hay injusticia en Dios al transferir los pecados de algunos a otros y castigarlos. La justicia divina no castiga arbitrariamente a algunos por los pecados de otros.

2. Siempre existe una relación especial entre los que pecan y aquellos quienes son castigados. Por ejemplo, hay una relación entre el padre y sus hijos, entre el rey y sus súbditos. Hay también un sentido en que comparten el castigo. A los hijos de Israel les fue dicho: “Y vuestros hijos andarán pastoreando en el desierto cuarenta años, y ellos llevarán vuestras rebeldías, hasta que vuestros cuerpos sean consumidos en el desierto” (Num.14:33). El castigo debido a sus pecados fue transferido en parte a sus hijos. Pero una parte de su propio castigo fue también el conocimiento de lo que ocurriría a sus hijos.

3. Existe una unión mayor y una relación más cercana entre Cristo y la Iglesia que la que existe en cualquier otra unión en el mundo. Esto puede ser visto en tres maneras:

I. Hay un vínculo natural entre Cristo y su Iglesia. Dios ha hecho todas las naciones de una misma sangre (vea Hech.17:26). Cada hombre es hermano y prójimo de cada otro hombre (vea Luc.10:36). Esta misma relación existe entre Cristo y la Iglesia. “Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo... porque él que santifica y los que son santificados, de uno son todos...” (Heb.2:11, 14). Sin embargo, en dos aspectos hay una diferencia entre la unión de Cristo con su Iglesia, y la hermandad común de toda la raza humana. Primero, El tomó nuestra naturaleza por un acto libre de su propia voluntad, pero nosotros no tuvimos ninguna opción de escoger el relacionarnos los unos con los otros por el nacimiento. Segundo, El vino a ser unido con nosotros con un sólo propósito, es a saber, que en nuestra naturaleza redimiese a la Iglesia: “Para destruir por medio de la muerte, al que tenía el imperio de la muerte, esto es al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre” (Heb.2:14-15).

II. Hay una unión moral y espiritual entre Cristo y la Iglesia. Esto es como la relación entre la cabeza y los miembros del cuerpo, o entre la vid y los pámpanos (Vea Ef.1:22-23 y Jn.5:1-2). También

es parecido a la unión que existe entre el esposo y la esposa. “Maridos amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella” (Ef.5:25). Así como El fue la cabeza y el esposo de la Iglesia (la cual sólo podría ser salvada y santificada por su sangre y sus sufrimientos), entonces fue apropiado que El sufriera, y que los beneficios de su sufrimiento pertenecieran a aquellos por quienes El sufrió. Pudiera surgir la objeción de que “siendo aún pecadores Cristo murió por nosotros” (Rom.5:8) y que no había ninguna unión entre El y la Iglesia en ese momento. Somos unidos con Cristo por medio de la fe. Por lo tanto, antes de nuestra regeneración, no estábamos unidos con El. Pero entonces ¿Cómo podría sufrir justamente en favor de nosotros? Contesto que fue el propósito de Dios, antes de que Cristo sufriera, que la Iglesia de los elegidos fuera su esposa a fin de que El la amara y sufriera por ella. Jacob amaba a Raquel antes de que ella llegara a ser su esposa. “Jacob sirvió para adquirir mujer y por adquirir mujer fue pastor” (Os.12:12). Raquel es llamada la esposa de Jacob debido a su amor por ella y porque ella estaba destinada a ser su esposa antes de que él se casara con ella. Así Dios el Padre dio todos los elegidos a Cristo encomendándolos a El para ser salvados y santificados. Cristo mismo dice al Padre: “He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran y me los diste... Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son” (Jn.17:6, 9).

III. La tercera manera en que Cristo está unido con la Iglesia es por medio del nuevo pacto del cual El mismo es el fiador y prenda. “Jesús es hecho fiador de un mejor pacto.” (Heb.7:22) Aquí tenemos el corazón del misterio de la manera sabia en que Dios salva a la Iglesia. La transferencia de los pecados de los pecadores a Cristo (Aquel que es en todo sentido inocente, puro y justo en sí mismo) es la vida y alma de toda la enseñanza bíblica. Lo que Cristo ha hecho por nosotros es lo que le hace glorioso para nosotros.

Consideremos la justicia de Dios en perdonar nuestros pecados. Todos los elegidos de Dios son pecadores. ¿Cómo puede Dios permanecer como justo si permite que sus elegidos no sean castigados puesto que no perdonó a los ángeles que pecaron y tampoco a Adán cuando pecó al principio? La respuesta está en la unión entre Cristo y la Iglesia. Porque Cristo representa a la Iglesia ante los ojos de Dios, Dios le castiga justamente a El por los pecados de ella, y así ellos son libre y gratuitamente perdonados (vea Rom.3:24-26). En la cruz, la santidad y la justicia divinas se encuentran con su gracia y su misericordia. Esta es la gloria con la cual se deleitan y se satisfacen las almas de todos aquellos que creen. ¡Cuán maravilloso es para ellos ver a Dios regocijándose en su justicia y al mismo tiempo, mostrando misericordia al darles la salvación eterna! En el disfrute de esta gloriosa verdad quiero vivir y quiero morir.

También Cristo es glorioso en su obediencia a la ley, la cual El cumplió perfectamente. Fue absolutamente necesario que la ley fuese cumplida, pero nosotros nunca habiéramos podido hacerlo. No obstante, mediante la unión de Cristo y la Iglesia, la ley fue cumplida por El a favor nuestro. “Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne sino conforme al espíritu.” (Rom.8:3-4)

Un entendimiento por la fe de esta gloria de Cristo acabará con todos los temores y quitará todas las dudas de las pobres almas tentadas. Tal conocimiento será un ancla para mantenerles firmes en todas las tormentas y pruebas de esta vida y en la hora de la muerte.

CAPITULO 10

La gloria de Cristo mostrada en darse a sí mismo a los creyentes

El apóstol Pablo describe a Cristo dándose a sí mismo a la Iglesia y la unión entre ellos como un gran misterio (vea Ef.5:32). No obstante, aunque es un misterio, podemos pensar acerca de esta relación acerca de la cual cada creyente puede decir: “Mi amado es mío, y yo suya” (Cant.2:16). Debemos entender que Cristo no se entregó a sí mismo a nosotros por estar obligado. Tampoco llega a pertenecernos por algún sueño o experiencia mística. Tampoco llega a ser nuestro por medio de comer el pan de la cena del Señor, como se imaginan los católicos. Cristo se da a sí mismo a los creyentes en una forma especial como a continuación explicaré. Necesitamos aprender la manera en que se comunica (da) a sí mismo a nosotros; cómo es que llega a ser nuestro, para morar en nosotros e impartirnos todas las bendiciones de su obra salvadora. Primero vamos a comparar como Dios se dio a sí mismo a la raza humana en la antigua creación, y después como se da Cristo a sí mismo en la nueva creación.

1. Toda vida, poder, bondad y sabiduría existían originalmente en Dios en un grado infinito. En estas y otras perfecciones de su naturaleza, consistían la esencia de su gloria (sus atributos).

2. En la antigua creación Dios comunicó la gloria de su bondad, poder y sabiduría en una forma notable (vea Sal.19:1 y Rom.1:20) causando una dependencia mutua entre todas las cosas de la creación. Las criaturas vivas dependen de la tierra; la tierra depende del sol y de la lluvia; hay un orden de muchas cosas que subsisten en armonía.

3. Al mismo tiempo, todas las cosas dependen de Dios por la continua comunicación de su bondad y poder hacia ellas (vea Hech.14:15-17 y 17:24-29).

4. La raza humana, por medio de la razón puede ver la gloria de Dios en esta obra de creación y puede también aprender de su eterno poder y deidad (vea Rom.1:20).

5. La gloria de Dios vista en la creación es la gloria del Dios trino. Por su poder y bondad, el Padre como la fuente de la trinidad hizo al mundo; el Hijo llevó a cabo el plan de la creación; y el Espíritu de Dios continúa preservando todas las clases de vida sobre la tierra (Vea Jn.1:1-3, Col.1:16, Heb.1:2, Gen.1:2). “Todos ellos esperan en tí, para que les des su comida a su tiempo. Les das, recogen; abres tu mano, se sacian de bien. Escondes tu rostro, se turban; les quitas el hálito, dejan de ser y vuelven al polvo. Envías tu Espíritu, son creados, y renuevas la faz de la tierra.” (Sal.104:27-30).

A menos que Dios hubiera manifestado su gloria visible en la creación natural, nadie habría sabido que Dios tuviese tal gloria. Ahora miraremos a la nueva creación, la Iglesia, la cual es de un orden más alta que la creación física (aunque las evidencias externas de esta gloria de Dios no puedan ser vistas ahora tan claramente).

1. La bondad, gracia, vida, luz, misericordia y poder en los cuales está el origen de la nueva creación son todos en Dios. (Es decir, la nueva creación tiene su origen en los atributos de Dios, algunos de los cuales no fueron abiertamente manifestados en la creación antigua). El propósito completo de la nueva creación (es decir, la Iglesia) es para mostrar la gloria de Dios en las maneras en que El se manifiesta a la Iglesia y mediante la Iglesia a otros. Por la Iglesia, el verdadero y glorioso carácter de Dios sería visto y conocido.

2. En primer lugar, le agradó a Dios que la plenitud de la naturaleza divina estuviera en Cristo como cabeza de la Iglesia (vea Col.1:17-19). La bondad, gracia, vida, luz, poder y misericordia las cuales fueron necesarias para la creación y preservación de la Iglesia estarían en Cristo; entonces, serían comunicadas de Cristo a la Iglesia. Por medio de su oficio de mediador y como profeta, sacerdote y rey, estas cosas serían comunicadas a la Iglesia.

3. Aunque la naturaleza humana fue asumida en una unión personal con el Hijo de Dios, toda la plenitud de Dios estaba aún en El (vea Col.2:9). El recibió el Espíritu Santo en toda plenitud y todos los tesoros de la sabiduría y el conocimiento fueron escondidos en El (Col.2:3).

4. En la creación del mundo, Dios primero creó la materia de la cual la tierra fue hecha y entonces por el poder del Espíritu Santo dio diferentes formas de vida a las distintas partes de la creación entera. Así, en la obra de la nueva creación, aún antes del comienzo del mundo, Dios escogió apartar para sí aquella parte de la raza humana con la que formaría su Iglesia. Entonces, la obra del Espíritu Santo fue la de hacer creyentes y formarlos en el cuerpo glorioso de la Iglesia de Cristo. Lo que fue dicho acerca del cuerpo natural es la verdad acerca del verdadero cuerpo de Cristo, la Iglesia: “No fue encubierto de tí mi cuerpo, bien que en oculto fui formado, y entretejido en lo más profundo de la tierra. Mi embrión (sustancia) vieron tus ojos, y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas, sin faltar una de ellas.” (Sal.139:15-16). La sustancia de la Iglesia estaba bajo la mirada de Dios cuando El escogió sus miembros. Pero, ellos no fueron todavía formados individualmente en ese entonces, ni tampoco incorporados al cuerpo aunque sus nombres fueron escritos en el libro de la vida. A su tiempo, el Espíritu Santo los moldeó conforme al diseño del cuerpo propuesto por Dios desde el principio.

5. La gloriosa existencia de Dios como una Trinidad es manifestada en el orden divino por el cual la vida es dada a la Iglesia. El decreto de la elección surgió de la infinita y eterna fuente de sabiduría, gracia, bondad y amor en el Padre. Aquellos los cuales Dios escogió de entre la raza humana caída para formar la nueva creación fueron encomendados a Cristo. El fue designado como su salvador para rescatarlos de la antigua creación que fue maldita, y llevarlos a la nueva. Por el poder del Espíritu Santo, Dios planeó aplicar todas las bendiciones de la salvación realizada por Cristo y así comunicar vida, luz, poder, gracia y misericordia a todos los elegidos. Al hacer esto, Dios glorifica tanto las propiedades esenciales de su naturaleza (sus atributos tales como su sabiduría, poder, bondad, gracia y soberanía) y también su gloriosa existencia en tres personas. Así, la gloriosa verdad de la trinidad llega a ser preciosa a los creyentes y es el fundamento de su fe y esperanza.

Según este orden divino por el poder del Espíritu Santo, los elegidos son llevados a la vida espiritual. No son llamados por la casualidad, sino que a su tiempo el Espíritu Santo les comunica la vida y de esta manera glorifica a Dios.

En la misma manera, toda la creación nueva, la Iglesia, es preservada cada día. A cada momento les es comunicada poder, fuerza, misericordia y gracia de Dios el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo a todos los creyentes en el mundo. El apóstol Pablo declara que toda la Iglesia está organizada para promover estas comunicaciones divinas a todos sus miembros (vea Ef.4:13-15). Esta comunicación invisible está más allá del entendimiento de los incrédulos y la mayoría de ellos no pueden ver la gloria de esta comunicación. No obstante, nosotros debemos rogar como el apóstol Pablo: “Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales...” (Ef.1:17-20).

Ahora consideraré en forma más detallada la manera en que Cristo se comunica a sí mismo y sus bendiciones a todos los que creen. Nosotros le recibimos por medio de la fe. “A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios.” (Jn.1:12) Para que le podamos recibir es necesario primero que El nos sea dado. El Padre nos lo dio libremente a nosotros. Este fue su propósito eterno. También el Padre dio todos los elegidos a Cristo como El dijo: “He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste...” (Jn.17:6). En el Evangelio, el Padre prometió a todos los creyentes el don de Cristo. Por su poder omnipotente, crea fe en las almas de los elegidos capacitándoles para recibir a Cristo (vea Ef.1:19-20, 2:5-8).

Aquí estamos pensando principalmente acerca de la manera en que Cristo se comunica a sí mismo a nosotros en forma personal:

1. Nos da su Espíritu Santo (vea Rom.8:9, 1Cor.6:17). Cuando Cristo vino al mundo, tomó nuestra naturaleza en unión con la suya. Cuando nacimos de nuevo, El nos introduce en una unión espiritual consigo mismo. El viene a ser nuestro y nosotros de El. Esto es algo inexpresablemente glorioso. No hay nada como esto en toda la creación. El mismo Espíritu está en Cristo, (la cabeza) y en la Iglesia, dándole vida y dirección a todo el cuerpo. ¡Vea la gloria, el honor y la seguridad de la Iglesia! El privilegio de entender como la Iglesia manifiesta la gloria de Dios, es más grande que poseer toda la sabiduría del mundo impío.

2. Cristo se comunica a nosotros creando en nosotros una naturaleza nueva, la cual es la naturaleza de Cristo mismo formada en nosotros. Somos participantes de la naturaleza divina en diferentes medidas mediante las promesas preciosas del evangelio. Esta naturaleza divina en los creyentes es llamada: “El nuevo hombre”, “una criatura nueva”, “lo nacido del Espíritu”, “siendo transformado en la imagen de Cristo”, “hechura suya”, etc. (vea Jn.3:6, Rom.6:3-8, 2 Cor.3:18). 5:17, Ef.2:10, 4:20-24, 2 Pe.1:4). Al darse de esta manera a sí mismo a nosotros, Cristo nos es hecho sabiduría y santificación. Cristo dice respecto a su Iglesia: “Ella es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne. Me veo a mí mismo y mi propia naturaleza en ella, y me resulta atractiva y deseable”. Así, a fin de cuentas, El se “la presentará a sí mismo, una Iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante...” (Ef.5:27).

3. Dos efectos resultan del hecho de ser unidos con Cristo por la fe. El primero es un suministro continuo de vida espiritual, gracia y fortaleza. Los miembros de su Iglesia viven, pero ya no viven ellos sino que Cristo vive en ellos, y la vida que ahora viven en la carne, la viven en la fe del Hijo de Dios (vea Gál.2:20). El segundo efecto de la unión con Cristo es que su justicia nos es imputada como si fuera nuestra, y recibimos todos los beneficios que proceden de El como nuestro mediador (vea Rom.4:5).

Podríamos pensar también de otras maneras en que Cristo es comunicado a nosotros. Por ejemplo, su amor es derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo y nuestro amor retorna a El por el poder omnipotente del mismo Espíritu. No obstante, espero que ya hayamos pensado suficiente acerca de la gloria de la manera en que Cristo se da a sí mismo a la Iglesia para que nuestros corazones estén llenos de admiración y agradecimiento maravillosos.

CAPITULO 11

La gloria de Cristo manifestada en reunir todas las cosas en sí mismo

“... Las riquezas de su gracia, que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia, dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra.” (Ef.1:7-10).

Para tratar de entender estas palabras, debemos considerar el estado original de todas las cosas en el cielo y en la tierra, el desorden producido por el pecado y la gloria de la restauración de todas las cosas por Cristo.

1. Dios se identifica a sí mismo como “YO SOY” (Ex.3:14). El es eternamente autoexistente y la fuente de todo lo que existe. Todo lo que existe es de El (Rom.11:36). De la misma forma, Dios es la fuente de toda bondad.

2. En donde existe un ser de tal bondad infinita, ahí también existe la bienaventuranza infinita

y la felicidad a las cuales nada puede ser añadido. La bienaventuranza y la autosatisfacción de Dios eran las mismas antes de que El creara como lo son ahora. Esta bienaventuranza consiste del amor eterno y mutuo de las tres personas; Padre, Hijo y Espíritu Santo en un solo Dios.

3. Dios hizo todas las cosas conforme a su voluntad y de acuerdo a su beneplácito, actuando en sabiduría infinita, poder y bondad. Dios dio a las cosas creadas una existencia dependiente, limitada y bondadosa. El dijo: “Sea hecho”, y todo llegó existir. “Y vió Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera” (Gen.1:31). La existencia y la bondad de la creación física es la primera forma en que Dios muestra la gloria de su propia naturaleza. La continuidad de toda la creación también depende de Dios.

4. Entonces, “En el principio creó Dios los cielos y la tierra” (Gen.1:1). Dios preparó la tierra para ser la morada de los hombres y también preparó el cielo para que fuera el hogar de los ángeles. Estos lugares (el cielo y la tierra) de acuerdo a sus distintas naturalezas llevaron gloria y alabanza a Dios. Todo el orden de las cosas creadas fue sobremano hermoso. No existía ningún rompimiento en la comunión entre Dios y las cosas que El había creado. Dios se comunicaba directamente con ellos y ellos le obedecían a El en todo.

5. Pero este hermoso orden fue quebrantado y destruido por la entrada del pecado. Una parte de la familia de los ángeles en el cielo y la totalidad de la raza humana sobre la tierra cayeron de su dependencia de Dios y sólo el odio y la confusión reinaron entre ellos. Debido a que la tierra había sido puesta en sujeción a la raza humana, (a cual ahora es caída) Dios maldijo la tierra. Sin embargo, El no maldijo el cielo debido a que muchos de los ángeles permanecieron en su estado original (sin caída). Los ángeles que pecaron fueron completamente rechazados para siempre (es decir, sin la posibilidad de ser salvos). Y aunque toda la raza humana había caído en pecado, Dios determinó salvar una parte de ella por su gracia.

6. Entonces, el plan de Dios fue ahora el de reunir a dos familias, a los ángeles y a los hombres, juntos bajo una cabeza nueva; la de los ángeles buenos quienes fueron preservados del pecado y la de todos los creyentes quienes fueron librados de sus pecados. Este es el significado de la palabras: “de reunir todas las cosas en Cristo... así las que están en el cielo como las que están en la tierra” (Ef.1:10); y de “reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos” (Col.1:20). Jesucristo, el Hijo de Dios es la nueva cabeza en quien Dios ha reunido todas las cosas en el cielo y en la tierra en uno. Como un cuerpo y una familia ellos ahora dependen de El, por quien viven y por quien tienen su existencia. Dios el Padre, “sometió todas las cosas bajo sus pies (de Cristo), y dio por cabeza sobre todas las cosas a la Iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de aquel que todo lo llena en todo” (Ef.1:22-23). “Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten; y él es la cabeza del cuerpo que es la Iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia; por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud.” (Ef.1:17-19)

7. Dios ha dado todo el poder en el cielo y en la tierra a la cabeza de esta nueva y piadosa familia. Ahora, todos deben venir a Cristo para obtener poder espiritual, gracia y bondad. Sean ángeles u hombres, ambos dependen ahora completamente de El. Los ángeles que no cayeron no necesitaron de la redención y la gracia, y en su estado original fueron capaces de continuar existiendo en la gloria del cielo. Pero fue necesario para nosotros que Cristo tomara nuestra naturaleza y se uniera a nosotros por su Espíritu. Así, los creyentes son redimidos para vivir en un cielo glorioso como una familia con los ángeles.

Algunos pensamientos adicionales nos ayudarán a meditar sobre este tema de reunir todas las cosas en Cristo, la verdadera gloria, la cual está más allá de nuestro entendimiento.

1. Solamente Cristo podría cargar el peso de esta gloria. El Espíritu Santo le describe como: “El resplandor de su gloria (del Padre), y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas

con la palabra de su poder...” (Heb.1:3). “El es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten.” (Col.1:15-17)

2. Fue el eterno y maravilloso propósito de Dios glorificarse a sí mismo por medio de la encarnación de Cristo. Este propósito fue que toda la creación, especialmente la Iglesia, la cual sería bendita eternamente tuviera una nueva cabeza. El orden de toda la familia en el cielo y en la tierra, ángeles y hombres, dependerían de Cristo. Nada debería llenar más los corazones de los creyentes con gozo y deleite, que contemplar por la fe la hermosura divina de reunir todas las cosas en Cristo.

3. El problema del pecado que destruyó toda la belleza y el orden de la creación ha sido resuelto. Todas las cosas en el principio de la creación fueron hermosas por la manera en que todo era dependiente de Dios y mostraban así su sabiduría y su hermosura. La entrada del pecado arruinó esta escena de hermosura. Pero ahora, al reunir todas las cosas en Cristo Jesús, todas las cosas son restauradas otra vez a un estado de comunión con Dios. Efectivamente, toda la maravillosa estructura de la creación divina ha sido hecha más bella de lo que antes fue y todo esto surge de su nueva relación con el Hijo de Dios.

4. Dios siempre es sabio en todo lo que hace. Su sabiduría infinita y poder fueron manifiestos en la primera creación. “¡Cuán innumerables son tus obras oh Jehová! Hiciste todas ellas con sabiduría...” (Sal.104:24). Pero cuando los efectos de esta sabiduría divina fueron arruinados, una sabiduría mayor se requería para restaurar la creación. Al reunir todas las cosas en Cristo, Dios manifestó su sabiduría inescrutable a los ángeles quienes no habían conocido antes acerca de cuales eran sus propósitos. “Para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y las potestades en los lugares celestiales.” (Ef.3:10) “En Cristo están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento.” (Col.2:3)

5. En la primera creación, gloriosa como fue, todo dependía directamente de Dios y de la ley de obediencia a El. Esta fue una frágil unidad que dependía de una voluntad dispuesta de las criaturas para obedecer a su Creador. Pero todo en la creación nueva, incluso cada creyente ha sido unido a Cristo la cabeza. Esta es una unidad inquebrantable. Aquellos que dependen enteramente de Cristo para su eterna seguridad no pueden caer de la salvación que ahora disfrutan en El.

CAPITULO 12

La diferencia entre la contemplación presente por la fe de la gloria de Cristo y lo que veremos en el cielo

“Andamos por fe, no por vista.” (2 Cor.5:7) En esta vida, caminamos por la fe; en la vida venidera andaremos por la vista.

La visión que tenemos de la gloria de Cristo por la fe en este mundo es oscura y borrosa. Como el apóstol Pablo dice en primera de Corintios, “ahora vemos por espejo, oscuramente” (1 Cor.13:12). En un espejo no vemos a la persona misma sino sólo una imagen imperfecta de él. Nuestro conocimiento no es directo sino que es como un reflejo imperfecto de la realidad. El Evangelio, sin el cual no podríamos descubrir nada acerca de Cristo está todavía muy lejos de manifestar plenamente la grandeza de su gloria. El Evangelio mismo no es obscuro, ni borroso. El Evangelio es claro y directo, y manifiesta abiertamente a Cristo crucificado, exaltado y glorificado. El Evangelio es obscuro para nosotros porque no lo entendemos perfectamente. La fe es el instrumento por el cual entendemos el Evangelio pero nuestra fe es débil e imperfecta. No hay ninguna parte de Su gloria que podamos entender plenamente. En nuestro presente estado terrenal hay algo como una pared entre nosotros y

Cristo. Pero a veces le vemos a través de las «ventanas», “Helo aquí, está tras nuestra pared, mirando por las ventanas, atisbando por las celosías” (Cant.2:9). Estas «ventanas» son las oportunidades que tenemos de escuchar y recibir las promesas del Evangelio a través de los medios de gracia y el ministerio de la Palabra. Tales oportunidades refrescan las almas de aquellos que creen. Pero esta visión de su belleza y gloria no es permanente. Entonces clamamos, “Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por tí, oh Dios el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo; ¿Cuándo vendré, y me presentaré delante de Dios?” (Sal.42:1-2). ¿Cuándo volveré a verlo otra vez, aunque sea solamente a través de la «ventana»?

A veces como Job, no le podemos ver porque esconde su rostro detrás de una nube (vea Job 23:8-9). En otras ocasiones se manifiesta a sí mismo como el sol en toda su fuerza, y no podemos soportar su brillantez.

Ahora vamos a comparar como veremos la misma gloria de Cristo cuando estemos en el cielo. Nuestra vista será segura, directa e inmediata.

1. Cristo mismo, en toda su gloria estará continua y realmente con nosotros. Ya no tendremos que contentarnos simplemente con una descripción de El, como la que tenemos en los evangelios. Le veremos cara a cara (1 Cor.13:12) y tal como El es (1 Jn.3:2). Le veremos con nuestros ojos físicos porque Job dice: “y después de desecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios; al cual veré por mi mismo, y mis ojos lo verán y no otro...” (Job 19:25-27). Nuestros sentidos corporales serán restaurados y glorificados en una manera que no podemos comprender ahora a fin de que seamos capaces de contemplar a Cristo y Su gloria para siempre. No veremos sólo su naturaleza humana pero también contemplaremos su divinidad en su infinita sabiduría, amor y poder. Esta gloria será mil veces mayor que cualquier cosa que podemos imaginar. Esta visión de Cristo es la que todos los santos de Dios anhelamos. Este es nuestro deseo “de partir y estar con Cristo, lo cual es mucho mejor; estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor” (Fil.1:23, 2 Cor.5:8). Aquellos que no tienen con frecuencia este anhelo son gente mundana y no espiritual.

2. Nadie en esta vida tiene el poder, ni espiritual ni corporalmente para ver la gloria de Cristo como realmente es. Cuando algunos reflejos de esta gloria divina fueron vistos en el monte de la transfiguración, los discípulos fueron confundidos y atemorizados. Si el Señor Jesús fuera a venir a nosotros ahora en toda su majestad y gloria, seríamos incapaces de recibir algún beneficio o consuelo de esta aparición. Aún el apóstol Juan, quien fue muy amado, cayó a sus pies como muerto, cuando Cristo se le apareció en Su gloria (Apo.1:17). Pablo y todos aquellos que le acompañaban cayeron en tierra cuando la brillantez de su gloria resplandeció sobre ellos en el camino a Damasco (Hech.26:13-14). ¡Cuánto le insulta a Dios cuando la gente necia trata de hacer cuadros o imágenes del Señor Cristo Jesús en su gloria! La única manera en que podemos conocerle ahora es por medio de la fe. Aún cuando Cristo estaba en la tierra, su verdadera gloria estaba oculta por su humanidad. No podemos conocerle ahora tal como verdaderamente El es, lleno de gloria indescriptible. Por naturaleza debido a nuestra pecaminosidad, nuestras mentes estaban completamente llenas de maldad y oscuridad y éramos incapaces de ver las cosas espirituales correctamente. Ahora, los creyentes hemos sido restaurados en parte y hemos llegado a “ser luz en el Señor” (Ef.5:8). Pero nuestras mentes todavía están limitadas por nuestros cuerpos y por muchas debilidades e imperfecciones que permanecen en nosotros. Estos obstáculos serán quitados para siempre en el cielo (vea Ef.5:27). Después de la resurrección, nuestras mentes y cuerpos serán librados de todo aquello que ahora nos impide disfrutar una plena visión de la gloria de Cristo. Entonces, un solo acto de mirar claramente a la gloria de Cristo con nuestro entendimiento glorificado nos dará más satisfacción y felicidad de lo que jamás pudiéramos tener aquí por medio de nuestras actividades religiosas. Tenemos un poder natural para entender y juzgar las cosas de esta presente vida terrenal. Pero esta capacidad natural no nos puede ayudar a ver y entender las cosas espirituales. Esto es lo que el apóstol Pablo nos enseña en 1 Cor.2:11-14: “Porque,

¿Quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios... Porque el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente.”

Entonces, Dios nos da la capacidad sobrenatural de la fe y la gracia. Todavía tenemos nuestro entendimiento natural, pero es sólo por la capacidad espiritual que podemos ver las cosas espirituales. En el cielo, tendremos una capacidad nueva para ver la gloria de Cristo.

1. Como la regeneración no destruye pero incrementa nuestra capacidad natural; así la luz que disfrutaremos en la gloria no destruirá, ni anulará el poder de la fe y la gracia, sino que las perfeccionará absolutamente.

2. Por naturaleza no podemos comprender completamente la esencia de la gracia. Tampoco por medio de la gracia podemos comprender enteramente la naturaleza de la gloria. No entenderemos perfectamente la gloria hasta que seamos transformados y nos encontremos en el cielo.

3. La mejor idea que podemos tener ahora de la naturaleza de la gloria, consiste de considerar que en el momento de nuestra transformación, seremos cambiados en la semejanza perfecta de Cristo.

Hay una progresión de la naturaleza a la gloria. La gracia renueva nuestra naturaleza; la gloria perfecciona la gracia, y así el alma es completamente transformada y llevada a su descanso en Dios. Tenemos una ilustración de esto en la sanidad que Cristo realizó en un hombre ciego (vea Mar.8:22-25). Este hombre era completamente ciego. Entonces sus ojos fueron abiertos, pero no podía ver claramente. Veía a los hombres como árboles que caminaban. Pero luego, Cristo le tocó nuevamente y de inmediato pudo ver todo claramente. Así son nuestras mentes por naturaleza. La gracia nos da una visión parcial de las cosas espirituales, pero la luz de la gloria nos dará una visión perfecta y completo entendimiento. Esta es la diferencia entre la visión que tenemos ahora y la visión que tendremos en la gloria.

Ahora, habiendo considerado el cambio realizado en nuestra mente, pensemos ahora en nuestros cuerpos glorificados. Cuando nuestro cuerpo sea resucitado del sepulcro, veremos a nuestro redentor. Esteban realmente vió “la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios” (Hech.7:55). ¿Quién no desearía haber tenido el privilegio de los discípulos, quienes vieron físicamente a Cristo cuando estaba en la tierra? Cristo les dijo que: “Muchos profetas y justos desearon ver lo que veis, y no lo vieron” (Mat.13:17). Si esto fue un privilegio tan grande, ¡cuán glorioso será, cuando con nuestros ojos purificados y fortalecidos, veamos a Cristo en la plenitud de su gloria! No podemos imaginar como será, pero sabemos que Cristo oraba al Padre para que estuviéramos con El y viéramos la grandeza y la belleza de su gloria (vea Jn.17:24).

Mientras estamos en este mundo “gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo” (Rom.8:23). Como Pablo, clamamos “¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?” (Rom.7:24). Entre más cerca que uno está del cielo, más fervientemente desea estar ahí, porque Cristo está ahí. Nuestros pensamientos sobre Cristo son tan confusos e imperfectos que nos conducen a un anhelo profundo de conocerle mejor. Pero este es el mejor estado de ánimo en que podemos encontrarnos. Pido a Dios para que no me sea quitado este deseo y para que el Señor incremente estos anhelos cada vez más en todos los creyentes.

El corazón de un creyente afectado por la gloria de Cristo es como una aguja atraída por un imán. Ya no puede estar en paz ni satisfecho lejos de Cristo, a pesar de que se acerque con movimientos débiles y temblorosos. Se empuja continuamente hacia Cristo y no puede encontrar descanso en este mundo. Pero allá en el cielo con Cristo continuamente delante de nosotros, podremos mirar sin cesar su gloria. Esta visión constante traerá un refrigerio eterno y gozo a nuestras almas. Aunque no podemos entender ahora como será esta visión final de Dios, sabemos que los puros de corazón verán a Dios (Mat.5:8). Aún en la eternidad, Cristo será el único medio de comunicación entre Dios y su Iglesia.

Consideremos por un momento a los creyentes del Antiguo Testamento. Ellos vieron algo de la

gloria de Cristo, pero sólo en la forma de símbolos velados. Ellos anhelaban el tiempo cuando el velo fuera quitado y los símbolos dieran lugar a la realidad. Miraban hacia el cumplimiento de las promesas divinas y la venida del Hijo de Dios al mundo. En muchos casos existía más del poder de la verdadera fe y amor en sus corazones de lo que podemos ver en la mayoría de los creyentes de hoy. Cuando Jesús vino, el anciano Simeón tomó al niño Jesús en sus brazos y dijo: “Ahora Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu Palabra; porque han visto mis ojos tu salvación” (Luc.2:28-29).

Nosotros tenemos una revelación más clara de la naturaleza única del Señor y su obra que aquellos creyentes veterotestamentarios. Y la visión que tendremos de la gloria de Cristo en el cielo será mucho más clara y brillante que la revelación que tenemos ahora. Si aquellos creyentes oraban para que el velo y los símbolos fueran quitados, y deseaban muy fervientemente ver la gloria de Cristo, ¿Cuánto más fervientemente deberíamos orar nosotros para ver su gloria?

Ya hemos pensado acerca de la gloria de Cristo como manifestada en tres grados. Primero, los creyentes del Antiguo Testamento la vieron a través de la ley y los símbolos. Segundo, en el Evangelio tenemos una semejanza perfecta de esta gloria. Pero tenemos que esperar hasta que llegemos a la gloria donde está Cristo para poder disfrutar de su realidad.

Examinémonos a nosotros mismos para ver si estamos apresurándonos continuamente hacia una visión perfecta de la gloria de Cristo en el cielo. Si no es así, es una evidencia de que nuestra fe no es real. Si Cristo está en nosotros, El es “la esperanza de gloria” (Col.1:27). Muchos están demasiado enamorados del mundo como para desear salir de él y ir al lugar donde pueden ver la gloria de Cristo. Están interesados en sus posesiones, en sus negocios o en sus familias. Tales personas ven la belleza de este mundo en el espejo del amor propio y sus mentes son cambiadas en la misma imagen egoísta. Por otra parte, los creyentes verdaderos se deleitan al ver la gloria de Cristo en los evangelios y también son transformados en esa misma imagen.

Nuestro Señor Jesucristo es el único que entiende perfectamente la bienaventuranza eterna, la cual será disfrutada por aquellos que creen en El. Cristo ora para que “donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria” (Jn.17:24). Si al presente podemos entender solamente un poco de lo que esta gloria significa, por lo menos debemos confiar en la sabiduría y el amor de Cristo de que esta gloria será infinitamente mejor que cualquier cosa que podamos disfrutar ahora. ¿No deberíamos desear continuamente ser incluidos en su oración?

CAPITULO 13

Otra diferencia entre la contemplación presente por la fe de la gloria de Cristo y lo que veremos en el cielo

Cuando estamos viendo algo desde una distancia lejana, desaparece de nuestra vista si algo se coloca en medio. Así es a veces con nuestra fe. Tenemos muy poca o ninguna visión del todo de la gloria de Cristo. Mientras estamos en esta vida, el Señor Jesús en su soberana sabiduría se esconde en ocasiones de nosotros. Job se quejaba de que no podía ver a Dios ni a su izquierda ni a su derecha (vea Job 23:8-9). Isaías escribió: “Verdaderamente tu eres Dios que te encubres...” (Isa.45:15). El salmista clamó: “¿Hasta cuándo, oh Jehová? ¿Te esconderás para siempre?” (Sal.89:46).

A menudo, al escuchar la predicación de la Palabra, la visión de la gloria de Cristo les es escondida a algunos, mientras que al mismo tiempo otros son iluminados y edificados (vea Jn.14:22). Ahora voy a tratar de contestar dos preguntas:

1. ¿Porqué en ocasiones el Señor se esconde y oculta su gloria de los creyentes? Hay muchas razones, pero sólo mencionaré una. Lo hace para impulsarnos a buscarle con todo nuestro corazón. Frecuentemente, la negligencia y pereza nos hacen descuidar nuestra meditación en las cosas celestia-

les. Pero Cristo es paciente con nosotros. El sabe que aquellos que han visto algo de su gloria, aunque no lo hayan valorado como debieran, no pueden soportar mucho tiempo su ausencia. El dice: “Andaré y volveré a mi lugar, hasta que reconozcan su pecado y busquen mi rostro. En su angustia me buscarán” (Os.5:15). Entonces, deberíamos reaccionar como la novia que buscaba a su amado pero al principio no podía encontrarlo. Ella dijo: “Me levantaré ahora... buscaré al que ama mi alma”. Y cuando lo encontró dijo: “lo así y no lo dejé.” (vea Cant.3:1-5) A menudo somos semejantes al hombre descrito por el profeta al rey Acab: “Mientras tu siervo estaba ocupado en una y otra cosa, el hombre desapareció.” (vea 1 Rey.20:40) Cristo se compromete con nosotros y no deberíamos dejar que se vaya. Pero mientras que estamos ocupados en una y otra cosa, nuestras mentes se llenan demasiado con las cosas terrenales, y entonces El se va y no lo podemos encontrar.

2. ¿Cómo podemos saber cuando Cristo quita su presencia de nosotros, a fin de que no podamos ver su gloria? * Me estoy dirigiendo sólo a aquellos, cuya preocupación principal es mantener su amor y su fe fuertes hacia Cristo. El efecto de su presencia es que nos hace tratar de imitarlo y amarlo más. Es sólo cuando estamos conscientes de vivir por la fe que tenemos este gran deseo de vivir como Cristo. Crecer en la imagen de Cristo significa crecer en gracia, santidad y obediencia. Cuando nos parece que este crecimiento se ha detenido, sabemos que Cristo no está con nosotros.

* (Nota del traductor: El autor no se refiere a que Cristo nos deje realmente, sino a que el creyente pierde la conciencia de la presencia de Cristo. Tal como si ocultara su rostro y escondiera su sonrisa de nosotros.)

Hay aquellos cuyas mentes naturales llegan a ser muy afectadas por mirar a las imágenes y crucifijos. Pero el efecto que es producido por una imagen es solamente un efecto natural. Un Cristo imaginario no tendrá un efecto espiritual sobre la mente de estas personas. Es sólo a través del conocimiento espiritual de la gloria de Cristo por la fe que es dada la gracia para hacer que el alma esté dispuesta para ser cambiada en su semejanza. Si nuestros corazones se vuelven fríos e indiferentes en nuestros deberes espirituales, es seguro que el Señor nos ha ocultado su rostro temporalmente. Es igualmente seguro que cuando estamos mirando la gloria de Cristo en el Evangelio (continuando en pensamientos santos y en meditación), experimentaremos su presencia y su gracia obrando en nosotros. Probemos esto y veremos que nuestro amor para con El crece. Es por la actividad de nuestra fe en Cristo que el Espíritu Santo renueva nuestras almas por su poder transformador.

Venimos a Cristo al principio para tener vida. Pero también venimos a El como creyentes a fin de tener una vida más abundante (vea Jn.10:10). Como el reprocha a aquellos que no vienen a El para que tengan vida, así podría justamente reprocharnos a nosotros por no venir a El más seguido a fin de que tengamos una vida más abundante.

Hay muchos que dicen ser creyentes que viven una vida descuidada sin ninguna preocupación real por las bendiciones espirituales. Ellos no conocen el santo y espiritual refrigerio que el Señor trae a nosotros por medio de su Espíritu Consolador. Tales bendiciones incluyen la paz espiritual, el consuelo animador, el gozo inefable y la seguridad bendita de nuestra salvación. Sin alguna experiencia de estas cosas, nuestro cristianismo carece de vida, de corazón y es inútil. ¿Cómo podemos decir que creemos en las promesas acerca de las glorias eternas del cielo, si no creemos en las promesas de disfrutar de estas bendiciones espirituales aquí y ahora?

Cristo dice a todos los que le aman: “Yo le amaré y me manifestaré a él... Y mi Padre le amaré, y vendremos a él, y haremos morada con él.” (Jn.14:21-23) Cuando El viene y se manifiesta a nosotros, siempre nos trae la paz, el consuelo, el gozo y la seguridad. Y tenemos comunión con El por medio de este refrigerio espiritual (vea Apo.3:20). Si preguntamos ¿Cómo recibimos tales bendiciones? La respuesta es: Mirando a la gloria de Cristo por medio de la fe (vea 1 Ped.1:9-10). Meditemos sobre la gloria de la naturaleza única de Cristo, meditemos en su humillación al venir a este mundo, meditemos en su presente posición de exaltación en el cielo, meditemos en su amor y en su gracia.

Entonces nuestros corazones serán afectados en gran medida por una consciencia de su amor, el cual es la fuente de todo nuestro consuelo espiritual (vea Jn.4:14 y Rom.5:5). Cuando perdemos estas bendiciones, entonces sabemos que la presencia de Cristo nos ha dejado momentáneamente y ya no podemos ver su gloria.

El propósito del Señor de esconder su gloria de nuestra vista es animarnos para usar la gracia que nos ha dado e impulsarnos a buscarle con todo nuestro corazón. ¿Nos sentimos como sin vida y sin gozo, sin una consciencia de su amor en nuestros corazones? No hay ninguna manera para recobrarlos mas que volvernos a Cristo. Todos nuestros problemas espirituales surgen de nosotros mismos, de los deseos pecaminosos que todavía permanecen en nosotros (los cuales a menudo se incrementan por las tentaciones del diablo). Por medio de la fe, debemos fijar nuestras mentes en la gloria de Cristo y esto nos traerá nuevamente la vida, el gozo y el amor a nuestras almas.

Si estamos satisfechos con una mera idea de la gloria de Cristo, como un dato de información obtenido de las Escrituras, entonces no encontraremos en ella ningún poder transformador para nuestras vidas. Amemos a Cristo con todo nuestro corazón; llenemos nuestras mentes con pensamientos de deleite en El; ejercitemos continuamente la confianza en El; entonces la virtud procederá de El para purificar nuestros corazones, incrementar nuestra santidad, fortalecer nuestras gracias y llenarnos en ocasiones con gozo inefable y glorioso (1 Pe.1:8). Es bueno cuando el amor de nuestro corazón es vivificado al mismo tiempo que nuestro entendimiento es iluminado. El simple conocimiento sin el amor conduce al formalismo vacío. El puro amor sin el conocimiento conduce a la superstición.

En los creyentes mismos, en donde existe el amor para el mundo y las cosas de esta vida, la fe es debilitada y la mente se torna inestable en su visión de la gloria de Cristo. Pero todos aquellos que tiene una visión espiritual de la gloria de Cristo tendrán un gran amor por El y sus mentes se llenarán con pensamientos acerca de El (vea Fil.3:8-10, Col.3:1-2).

Donde quiera que el Evangelio es predicado, satanás ciega las mentes de aquellos que no creen, “para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo...” (2 Cor.4:4) Pero en la salvación de los elegidos, Dios vence a satanás y resplandece en sus corazones “para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en al faz de Jesucristo” (2 Cor.4:6). Pero satanás no se da por vencido sino que usa toda clase de artimañas para inquietar las mentes de los creyentes. Sus dardos de fuego hacen surgir temores y dudas en el corazón de los creyentes para que no puedan sentir el amor de Cristo. A otros les hace descuidados para que no se autoexaminen y no puedan ver si Cristo está en ellos o no (vea 2 Cor.13:5). En esta forma, muchos dejan de buscar una experiencia del poder y la gracia del evangelio en sus propias almas y así nunca llegan a descubrir las glorias de Cristo que pudieran haber conocido.

Ahora consideraremos nuevamente la visión que tendremos de la gloria de Cristo en el cielo:

1. Primero, las capacidades de nuestras almas serán perfeccionadas. Seremos como “los espíritus de los justos hechos perfectos” (Heb.12:23). Seremos librados de todas las limitaciones de la carne. Seremos transformados para llegar a ser perfectos en pureza y santidad, como Dios. Nuestros cuerpos glorificados serán capaces de disfrutar de la gloria de Cristo para siempre. Nuestro entendimiento será perfecto. Mientras que miramos a Dios, todos los afectos de nuestro corazón se fijarán inseparablemente en El. En nuestro estado presente, a veces nos vemos forzados a desviarnos de la consideración de esas realidades tal como ahora desviamos nuestros ojos del resplandor del sol. Pero en aquel estado perfecto, seremos capaces de mirar continuamente a la gloria con eterno deleite. David dice: “En cuanto a mí, veré tu rostro en justicia; estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza” (Sal.17:15). Nunca nos cansaremos de mirar a Cristo quien solamente es la imagen y semejanza de Dios. Aquí andamos por fe, pero allá nos será dado un poder eterno de visión con el cual le veremos tal como El es, cara a cara, con un disfrute perfecto para siempre jamás.

2. Estar en el infierno bajo la ira de Dios es el mal más grande posible. Pero estar ahí para

siempre, en una miseria sin fin, debe ser un mal mucho más allá que nuestra capacidad para imaginarlo o describirlo. Pero con la bienaventuranza futura de la vida eterna, no habrá limitación de tiempo ni ninguna interrupción de este disfrute. “...Ahí estaremos siempre con el Señor.” (1 Tes.4:17). No habrá necesidad de ninguno de nuestros medios presentes de adoración. El disfrute constante, inmediato e ininterrumpido de Dios y del Cordero suplirá todo lo que necesitamos. “El Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella y el Cordero. La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera.” (Apo.21:22-23) En el cielo, la presencia perpetua de Cristo con sus santos resulta en una experiencia perpetua de luz y gloria. No habrá dudas ni temores porque estaremos en un estado de continuo triunfo sobre ellos (vea 1 Cor.15:55-57). La visión de la gloria de Cristo siempre será la misma, pero siempre nueva. Sin ninguna cosa que distraiga la mente, tendremos el disfrute más perfecto de una vida bendita centrada en el objeto más perfecto, es a saber la gloria de Cristo. Esta experiencia es la bienaventuranza más grande de la cual nuestra naturaleza humana es capaz.

CAPITULO 14

Más diferencias entre la contemplación presente por la fe de la gloria de Cristo y lo que veremos en el cielo

1. En el presente obtenemos un entendimiento espiritual de la gloria de Cristo por medio del estudio de las Escrituras. Pero la luz de la revelación de esta gloria está repartida a través de todos los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, tal como la luz natural nos es dada a través del sol, la luna y las estrellas. Si toda la luz fuera concentrada en una sola fuente, no seríamos capaces de soportarla. Así en las Escrituras, la gloria de Cristo es descrita poco a poco en diferentes maneras. A veces es descrita con palabras claras, en otras ocasiones bajo tipos y figuras los cuales ilustran su humildad y amor hacia nosotros. Diferentes verdades están repartidas en la Biblia para que las recojamos como si fueran hermosas flores. En los Cantares de Salomón, la novia considera las muchas perfecciones de su amado y concluye que El es en todo sentido codiciable (Cant.5:10-16). Así nosotros paulatinamente descubrimos las muchas perfecciones de Cristo y le encontramos sumamente glorioso.

No obstante, en el cielo toda la gloria de Cristo estará delante de nosotros. Seremos capaces en la luz de esta gloria de contemplarla toda. Aquí no podemos imaginar cuál será la belleza y la gloria de esta manifestación completa de Cristo. De repente, entenderemos todo lo que El hizo y sufrió, su posición exaltada, su unión con la iglesia y como todas las cosas están reunidas en El. Veremos la gloria de Dios, su sabiduría, su justicia, su gracia, su amor, su bondad y su poder, todo resplandeciendo eternamente en Cristo. Podemos anhelar esto ahora y aún tener un vislumbre de ello. Pero, todo el conocimiento de Cristo en su gloria celestial está en el cielo donde hay aguas de vida y ríos de placer para siempre jamás.

2. La visión que tendremos de la gloria de Cristo en el cielo, nos cambiará perfecta y completamente en su imagen. “Seremos semejantes a El, porque le veremos tal como El es.” (1 Jn.3:2) Vamos a fijarnos con más detalle en esto:

I. Cuando el alma deja el cuerpo, es librada de inmediato de toda debilidad, incapacidad, obscuridad y temor. La naturaleza pecaminosa dejará de existir. La muerte fue el juicio divino sobre el pecado pero por medio de la muerte de Cristo en lugar nuestro, nosotros recibimos misericordia (vea 1 Cor.15:54). No obstante, los incrédulos deben recibir la recompensa de su incredulidad, sus almas serán separadas eternamente de Dios.

II. Los creyentes, habiendo sido librados de la carga de su naturaleza pecaminosa, descubren que su espíritu puede cumplir el propósito para el cual fue creado. Ellos pueden disfrutar de Dios con

deleite y satisfacción. Además, en la resurrección, el nuevo cuerpo glorificado nunca estorbará, mas bien ayudará en todas nuestras actividades espirituales. Nuestros ojos verán a nuestro redentor y todos nuestros sentidos serán usados para disfrutar de la comunión con El.

III. Al ser introducidos a la presencia de Cristo, un poder nuevo nos será dado, la capacidad celestial para ver al Señor Jesús tal como El es. Esta capacidad gloriosa tomará el lugar de la fe la cual necesitamos sólo en esta vida.

IV. En el momento en que los creyentes vean la gloria de Cristo, de inmediato serán completamente transformados en su semejanza. Cuando el pecado entró en el mundo y Adán y Eva fueron expulsados del jardín de Edén, Dios dijo: “He aquí el hombre es como uno de nosotros sabiendo el bien y el mal” (Gen.3:22). Cuando la obra de la gracia es terminada Dios puede decir, no en enojo sino con amor y bondad infinita: “He aquí el hombre es como uno de nosotros”. En esta vida nuestra fe en Cristo produce un cambio gradual en nosotros aunque incompleto. Si queremos estar seguros de que seremos restaurados perfecta y eternamente en la imagen de Dios, debemos tener alguna experiencia de este cambio gradual ahora (vea 2 Cor.3:18; 4:16-18; Fil.3:10-14).

3. Aún en el cielo, todas las criaturas tienen que vivir eternamente en una dependencia de Dios como la fuente de vida, bondad y bienaventuranza. No seremos más autosuficientes en la gloria de lo que somos ahora. Pues todo nos vendrá a través de Cristo Jesús; todas las cosas en el cielo y en la tierra serán reunidas en El (vea Ef.1:10-11). Nuestro estado continuo de felicidad y gloria dependerán enteramente de estas comunicaciones de Dios mediante Cristo. Nunca nos cansaremos de ver a Cristo en el cielo. El objeto infinito de nuestra visión glorificada será insondable y siempre nuevo para nuestro entendimiento finito. Nuestra felicidad consistirá en una continua comunicación refrescante de la infinita plenitud de la naturaleza de Dios.

Esta futura vida de gloria es mucho más grande que la vida de fe la cual vivimos ahora. No obstante, no hay ninguna satisfacción o gozo de este mundo presente que pueda compararse con la visión débil e imperfecta que nuestra fe tiene ahora de la gloria de Cristo. Aún la pobre visión de nuestra fe ahora, nos da un vislumbre de la bienaventuranza futura que tendremos en el disfrute de Cristo. Y esto nos hace suspirar y anhelar por aquel tiempo cuando le veremos y estaremos para siempre con El y le conoceremos como El nos conoce a nosotros.

CAPITULO 15

Un llamado urgente a todos aquellos que todavía no son creyentes verdaderos en Cristo

A menudo en los evangelios, cuando hay una descripción de la excelencia de Cristo como un Salvador, hay también una invitación a los pecadores para que acudan a El. Entonces, es correcto que en estos últimos capítulos de nuestro estudio sobre la gloria de Cristo, relacionemos esta verdad a nuestra necesidad como pecadores. Cristo dice: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mat.11:28). Y “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba” (Jn.7:37). Hay varias razones por las cuales debiéramos hacer caso de esta invitación:

1. Muchos escuchan la palabra predicada pero pocos son salvados. “Muchos son llamados y pocos escogidos” (Mat.22:14). La tontería más grande del mundo consiste de dejar la consideración de nuestro estado eterno para algún punto futuro e incierto, al cual quizás nunca pudiéramos llegar.

2. No piense usted que debido a que profesa ser creyente y está disfrutando de las bendiciones externas del Evangelio, usted pertenezca necesariamente a Cristo. Usted puede compararse a sí mismo con otros y pensar que es mejor que ellos. Pero si usted descansa para su salvación en algún mérito personal o justicia propia; entonces, usted está corriendo el riesgo de ser engañado eternamente (Mat.3:9).

3. A menos que estemos completamente convencidos de que, sin Cristo estamos bajo la maldición de Dios y que somos como sus peores enemigos, nunca acudiremos a El como nuestro refugio.

Cristo no vino a “llamar a los justos, sino a pecadores al arrepentimiento” (Mat.9:13). Entonces si todavía no somos salvos, nuestra principal preocupación debería ser la de tener un profundo sentido de la condición miserable y perdida de nuestras almas.

4. Ahora, considere el amor infinito de Cristo en llamarle a usted para que tenga vida, misericordia, gracia, paz y salvación eterna. Hay muchas cosas en las Escrituras que son dadas para animar a los pecadores que están bajo convicción para que acudan a Cristo. A través de la predicación de los ministros cristianos Cristo dice: “¿Porqué morirá? ¿Porqué no tiene piedad de su propia alma? Acuda a mí y yo quitaré todos sus pecados, sus tristezas, temores y cargas. Y le daré descanso para su alma”. Considere la grandeza de su misericordia, gracia y amor en llamarle tan sincera y urgentemente. No permita que el veneno de la incredulidad la cual conduce inevitablemente a la ruina eterna le haga menospreciar esta invitación para acudir a Cristo.

5. Quizás usted haya empezado a acudir a El pero teme no ser recibido debido a que usted ha sido tan pecador. Pero, la invitación del Evangelio dice que Cristo está dispuesto a recibir a todo pecador que acude a El. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo concuerdan en que Cristo el Señor está dispuesto a recibir a todos los pecadores que acudan a El. Es solamente la incredulidad obstinada, la cual hace aparecer a Dios como mentiroso, la que sugiere que Cristo no está dispuesto a recibir a los pecadores.

6. Considere el hecho de que Cristo es tanto capaz de salvarnos como también dispuesto para recibirnos. No salvará a los pecadores que no se arrepientan de sus pecados. Esto sería negarse a sí mismo y actuar en forma contraria a su Palabra. Pero nada puede detener su poder soberano, irresistible y omnipotente, para salvar a aquellos que se arrepienten. “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.” (Mat.28:18) Cristo usará esta potestad para conceder la salvación eterna a todos los que acudan a El. El dijo: “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera” (Jn.6:37).

7. Piense profundamente acerca del Dios infinitamente sabio y piadoso cuyo propósito es que su misericordia, amor, gracia, bondad, justicia, sabiduría y poder sean manifestados en Cristo para la salvación de todos aquellos que creen. Por lo tanto, quien quiera que acuda a Cristo a través de la fe está por medio de este acto honrando a Dios. Cuando los pecadores acuden a Cristo, Dios recibe más gloria que la que recibiría si estos pecadores hubieran guardado toda la ley. No se engañe a sí mismo pensando que es de poca importancia el que acuda a Cristo o no. Si usted rehusa hacerlo, este sería el acto más grande de odio en contra de Dios que usted pudiera realizar.

8. Considere que al acudir a Cristo, El llegará a pertenecerle a usted en una relación más cercana que la que tiene con su esposa, su esposo o sus hijos. Cristo está más cercano a los creyentes que cualquier relación natural. Esto significa que cuando usted acude a Cristo, la gloria de Cristo le pertenece. ¿Le parece poca cosa ante sus ojos que Cristo le pertenezca? ¿Le parece como nada que su gloria y su bendición eterna pudieran ser suyas?

9. “¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?” (Heb.2:3) De todas las criaturas de Dios, los incrédulos que no se arrepienten bajo la predicación del Evangelio son los más malos y los más ingratos. Los demonios mismos, impíos como son, no son culpables de este pecado porque nunca han tenido la oportunidad de recibir la salvación.

Alguien pudiera preguntar: “¿Entonces qué haremos?” Tome la advertencia del apóstol: “Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones” (Heb.3:7-8). “He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación.” (2 Cor.6:2) Este es el mejor tiempo (probablemente sea el mejor que usted tendrá en este mundo) para asegurarse de su salvación. Cristo ha esperado mucho tiempo por usted, y quien sabe si muy pronto pudiera tomar la decisión de dejarle a sí mismo, y entonces usted jamás le encontrará.

La incredulidad a menudo se disfraza con otras actitudes como las siguientes:

I. Algunos dicen: “Creemos la palabra predicada hasta el punto que podemos. Obedecemos voluntariamente en muchas cosas y tratamos de no pecar. ¿Qué más se requiere de nosotros?” Pensando que han cumplido con su deber, preguntan igual como aquellos que preguntaron a Jesús en Jn.6:28: “¿Qué haremos para que obremos las obras de Dios?” Simón el mago escuchó la Palabra y creyó tanto como pudo. Herodes escuchaba la predicación de Juan el bautista, pero ninguno de los dos fue un creyente verdadero. Reacciones como éstas pueden ser imitadas por aquellos que en realidad permanecen como incrédulos. Muchos hipócritas llevan a cabo muchas actividades religiosas pero no poseen la fe verdadera. Su incredulidad es disfrazada por toda su «actividad».

Hay un acto especial de fe por el cual uno se rinde completa y voluntariamente a Dios. Este acto especial es acompañado por un cambio que afecta nuestra naturaleza completa. “Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.” (2 Cor.5:17) Sin este acto básico de fe, ningún otro acto religioso es evidencia de que una persona sea un creyente verdadero.

II. Algunos dicen que han intentado acudir a Cristo y creer en El, pero parece que no hacen ningún progreso. En lo profundo de su corazón se desesperan de no poder recibir a Cristo como les es presentado por el evangelio. Yo les pediría a estas personas que recordaran de los discípulos que pescaron durante toda la noche sin pescar nada (vea Luc.5:3-6). Cristo se acercó a ellos y les dijo que arrojaran nuevamente las redes. Pedro le recordó al Señor de como había trabajado en vano durante toda la noche y no obstante, ante la orden de Cristo echó nuevamente la red, y ésta se rompía a causa de la gran cantidad de peces. ¿Acaso se ha cansado y desilusionado por sus intentos de acudir a Cristo? Inténtelo una vez más, y el Señor le pudiera conceder éxito.

No son sus fracasos, sino el darse por vencido lo que pudiera ser su ruina. Piense de la mujer cananea de Mateo 15:22-28. Al principio Cristo ni siquiera le contestó. Aún los discípulos le pidieron a Cristo que la despidiera. Y por si esto fuera poco, Jesús le dijo que era enviado solamente a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Pero ella no se dio por vencida sino que le adoró y dijo: “¡Señor socórreme!” Entonces Cristo le contestó: “No está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perrillos”. Si ella se hubiera dado por vencida entonces, ella nunca hubiera obtenido misericordia. Pero ella no tomó este «No» como una respuesta, sino que perseveró hasta que recibió su petición. Podría ser que usted piense que ha orado muchas veces sin éxito. Pero no se dé por vencido. “Bienaventurado el hombre que me escucha, velando a mis puertas cada día, aguardando a los postes de mis puertas. Porque el que me halle, hallará la vida, y alcanzará el favor de Jehová.” (Prov.8:34) “Y conoceremos, y proseguiremos en conocer a Jehová.” (Os.6:3)

III. Algunos dicen que entienden que deben acudir a Cristo y creer en El o quedarán perdidos, pero ahora están demasiado ocupados, y consideran que en el futuro tendrán tiempo para pensar seriamente en ello. ¿Pudiera haber algo más tonto que pensar que las cosas triviales del presente sean más importantes que la miseria o la felicidad de un estado eterno? Algunos asisten a la predicación de la Palabra, pero el lenguaje de su corazón es: “Un poco de sueño, un poco de dormir, y cruzar por un poco las manos para reposo” (Prov.6:10) Engañados de esta manera, miles perecen cada día. El éxito más grande de satanás es lograr que la gente piense que posee mucho tiempo antes de morir para considerar su estado eterno. Recuerde que la Escritura limita su oportunidad al día presente, y no le da ninguna certidumbre de que habrá otro día para recibir gracia y misericordia (vea 2 Cor.6:2 y Heb.3:7-13).

IV. Algunos encuentran tanta satisfacción en sus placeres pecaminosos, que no pueden dejarlos. Si usted es uno de ellos, debo hablarle claramente a fin de que no tenga ninguna duda de que usted no puede tener esperanza de misericordia si su corazón sigue aferrado a algún pecado. Por supuesto, al llegara a ser un creyente verdadero, usted no será librado completamente de la pecaminosidad de su

vieja naturaleza. Pero usted tiene que amar a Dios o al mundo, a Cristo o satanás, la santidad o el pecado. No hay ninguna otra opción (vea 2 Cor.6:15-18). Con respecto a sus supuestos placeres, le digo que a menos que usted esté en Cristo, nunca ha tenido realmente ningún placer. Unos cuántos momentos de disfrutar los gozos que se encuentran en El son mejores que un largo periodo de tiempo gastado en los placeres de este mundo sobre los cuales está la maldición de Dios (vea Prov.3:13-18).

V. Hay algunos que dicen que conocen creyentes que no son mejores que ellos, y por lo tanto, ellos deberían considerarse también como creyentes. Yo les digo que hay aquellos que se llaman creyentes y que son falsos, fingiendo ser lo que no son. Pero ellos tendrán que cargar su propio juicio. Es también un hecho triste que algunos creyentes verdaderos son descuidados en su manera de vivir y de este modo desagradan a Dios y deshonoran a Cristo y al evangelio. Pero estas no son las personas a quienes usted debiera imitar.

El mundo no puede juzgar justamente a los creyentes. Solamente una persona espiritual puede discernir las cosas de Dios (vea 1 Cor.2:14). Las debilidades y defectos de los piadosos son vistas por todos, pero a menudo sus gracias no se ven. Cuando usted sea capaz de juzgar justamente a los creyentes verdaderos, entonces usted estimará como la mejor cosa estar en su compañía (Sal.16:3).

CAPITULO 16

¿Cómo pueden los cristianos encontrar gracia fresca para renovar sus vidas espirituales?

Los ríos se hacen más anchos y profundos cuando se acercan al mar; así la gracia debería fluir más plena y libremente en los creyentes cuando se acercan al cielo. Mientras que se acercan a la eternidad, los creyentes anhelan que sus decaimientos sean sanados y sus fallas perdonadas. Desean una actividad fresca de la gracia divina para hacerles más fructíferos y santos, la cual resultará en alabanza a Dios y en el incremento de su propia paz y gozo. Quieren asegurarse de que, aunque “nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día” (2 Cor.4:16). La gloria de los reyes está en la riqueza y la paz de sus súbditos, y así también la gloria de Cristo está en la gracia y santidad de sus súbditos. En el Salmo 92:12-15 el salmista dice: “El justo florecerá como la palmera; crecerá como cedro en el Líbano. Plantados en la casa de Jehová, en los atrios de nuestro Dios florecerán. Aún en la vejez fructificarán; estarán vigorosos y verdes, para anunciar que Jehová mi fortaleza es recto, y que en él no hay injusticia”.

La palmera es muy hermosa y fructífera, y el cedro tiene una vida más larga que todo árbol. Por lo tanto, los justos son comparados a estos árboles pero debido a su descuido pecaminoso, muchos creyentes son más semejantes a las zarzas en el desierto. A menos que estemos plantados en la casa del Señor, no podemos florecer. No nos engañemos a nosotros mismos. Podemos ser miembros de una Iglesia, pero a menos que estemos arraigados y sobredificados en Cristo Jesús, no floreceremos en gracia ni seremos fructíferos (Col.2:7). Cuando los creyentes viven en Cristo, reciben un suministro continuo y alimento espiritual que les mantiene sanos y fuertes. Los frutos de la obediencia santa se manifiestan en ellos. Esto hace que sus vidas sean atractivas a los demás. Bendito sea Dios por la buena palabra de su gracia, la cual nos anima cuando sentimos el enfriamiento y las tentaciones de la vejez. Nota del traductor: Este fue el último libro escrito por Juan Owen quien falleció en 1683. Este libro estaba siendo impreso cuando él murió. Los capítulos 15 y 16 no fueron incluidos en la primera edición del libro. Estos dos capítulos fueron descubiertos hasta después de la primera impresión. Entonces, en este pasaje el autor se refiere a la vejez debido a que ya se estaba acercando a la muerte. Ahora, quiero terminar con los siguientes cuatro puntos:

1. La naturaleza de la vida espiritual es que normalmente esté creciendo e incrementándose hasta el fin. Hay una fe temporal la cual se seca y se desvanece. Esta fe fue descrita por el Señor

Jesucristo cuando dijo: “El que fue sembrado en pedregales, éste es el que oye la palabra, y al momento la recibe con gozo; pero no tiene raíz en sí, sino antes es temporal” (Mat.13:20-21). La verdadera fe, sin embargo, es descrita en Proverbios 4:18: “Mas la senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto”. La luz de la mañana se ve muy parecida a la luz del atardecer. La diferencia es que la luz de la mañana sigue creciendo hasta que llega al clímax mientras que la luz del atardecer se oscurece paulatinamente hasta desaparecer. Entonces, hay una diferencia entre el creyente verdadero y aquel que no tiene la vida espiritual en él. Donde existe la gracia salvadora seguirá creciendo hasta el fin. En ocasiones, puede haber periodos cuando el alma parece retroceder en lugar de ir hacia adelante. Entonces, la gracia de Dios no le dejará descansar, hasta que se recupere y vuelva a crecer otra vez. Aquellos que no son creyentes verdaderos se engañan a sí mismos y no hacen ningún esfuerzo para recuperarse de la ruina eterna que les queda por delante. A veces, un creyente verdadero se encuentra rodeado por la obscuridad y en problemas debido a las tentaciones de satanás. Pero la gracia de Dios que ha recibido, como la luz de la mañana, continúa incrementándose a pesar de las nubes y las sombras.

La vida espiritual es también como agua viva, un pozo perpetuo de agua que salta para vida eterna (vea Jn.4:10-14). Un lago por grande que fuera, puede quedar sin agua en tiempo de sequía. Así también la vida de muchos que se identifican como creyentes, se seca cuando sobrevienen los problemas y las tentaciones. Pero la vida espiritual de un creyente verdadero nunca puede fallar porque salta continuamente.

Las promesas de Dios fueron el medio por el cual creímos al principio. Es también por estas promesas preciosas, que la naturaleza divina se mantiene viva en nosotros (vea 2 Pe.1:4). Echemos un vistazo a una sola promesa: “Porque yo derramaré aguas sobre el sequedal, y ríos sobre la tierra árida. Mi Espíritu derramaré sobre tu generación y mi bendición sobre tus renuevos; y brotarán entre hierba como sauces junto a las riberas de las aguas” (Isa.44:3-4). Esto no es sólo una promesa para los judíos sino también para la Iglesia de Cristo Jesús. En nosotros mismos somos una tierra árida y sedienta que no lleva fruto. Pero entonces, Dios derrama el agua de su Espíritu y la bendición de su gracia, y crecemos bajo la influencia de las promesas como el árbol junto a la ribera de las aguas.

En la conversión, la gracia que Dios da a su pueblo escogido bajo el Nuevo Pacto es absolutamente gratuita e incondicional. Pero hay condiciones relacionadas con las promesas por las cuales los creyentes crecen en la gracia. Se exige de nosotros una cuidadosa obediencia al evangelio a fin de que seamos espiritualmente fructíferos (vea 2 Pe.1:4-10). La diferencia principal entre la gloria y la belleza de la Iglesia manifestada en las promesas del evangelio y la vida de la Iglesia manifestada en los creyentes profesantes es que ellos no cumplen estas condiciones.

Dios ha provisto alimento para nuestra vida espiritual a fin de que crezcamos y seamos fuertes. Este alimento es la Palabra de Dios (vea 1 Pe.2:2-3). Si no tomamos nuestro alimento diariamente, nos volveremos débiles e inútiles. Entonces, debemos valorar y alimentarnos de la buena Palabra de la gracia divina, la cual nos puede mantener sanos y creciendo espiritualmente aún en la vejez.

2. Los creyentes están sujetos a la tentación de cansarse en su vida espiritual. Pero un creyente verdadero siempre sabrá cuando está sufriendo de alguna enfermedad espiritual y anhelará recuperarse lo más pronto posible. Es la triste experiencia de todos los creyentes de todas las Iglesias del mundo que un debilitamiento de la vida espiritual ocasiona la pérdida de su primer amor, fe y obras. Esta fue la verdad respecto a las Iglesias de Asia Menor a quienes Cristo escribió las cartas de Apocalipsis 2 y 3.

Hay también tentaciones repentinas las cuales traen grandes angustias espirituales. David se refiere a una ocasión semejante en el Salmo 38. El sintió que se había apartado de Dios y había continuado neciamente en ese estado pecaminoso en lugar de buscar misericordia. Tenía una consciencia continua de la desaprobación divina y anhelaba ser librado de esa miserable condición. Pudiera ser que nosotros no cayéramos tan bajo como David, pero conforme al grado de nuestro pecado, nuestro

corazón conocerá su propia amargura (vea Prov.14:10). Muchas cosas pueden ocasionar la pérdida paulatina del poder y la vida espiritual. Podemos acostumbrarnos tanto a la rutina de la adoración pública y a nuestras devociones privadas que empiecen a perder su significado para nosotros. También podemos llegar a estar tan ocupados con los asuntos y los placeres de esta vida, que no mortifiquemos los pecados que nos son naturalmente atractivos.

3. Muchos que se identifican como cristianos ya no disfrutan la vida y las bendiciones que resultan de creer en las promesas de Dios. Ellos necesitan ser despertados para que sean conscientes de su enfermedad y busquen ser curados. Muchos creyentes han cedido ante la pereza, la negligencia o alguna otra tentación. David experimentó esto y expresó su gozo de ser restaurado en el Salmo 103:1-5. Dios nos ha dado grandes advertencias del peligro de volvernos descuidados y negligentes espiritualmente y nos ha hecho grandes promesas para que busquemos ser restaurados. Si usted no sabe nada acerca de estas experiencias, pudiera ser porque su alma nunca haya estado en una condición sana y fuerte. Alguien que ha estado débil y enfermo toda su vida no sabe lo que es ser fuerte y sano. Hay algunos que viven en toda clase de pecados. Si usted les habla acerca de su conducta pecaminosa y su necesidad de ser restaurados, le tratarán como hicieron con Lot sus yernos, “Mas parecía a sus yernos como que se burlaba” (Gen.19:14). Tales personas deberían preguntarse a sí mismas si realmente han conocido algo de la gracia de Dios. O pudiera ser que usted esté dormido con un sentido falso de su propia seguridad. Entonces usted es como la Iglesia de Laodicea la cual dijo que no necesitaba ninguna cosa y no sabía que era “un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo” (Apo.3:17). Como Efraím, usted ya tiene canas y está en una condición mortal, pero usted “no se vuelve a Dios, ni lo busca con todo esto” (Os.7:9-10). Usted es como aquellos personas que Cristo llamó “los sanos” quienes supuestamente “no tienen necesidad de médico”. Pero Cristo “no vino a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento” (Mar.2:17).

Se podría decir de nosotros que ¿Nos hemos cansado de Dios como ocurrió con muchos de su antiguo pueblo? “No me invocaste a mí, oh Jacob, sino que de mí te cansaste, oh Israel.” (Isa.43:22) A menudo hay fallas en mantener regularmente la oración familiar y muy poco deseo de asistir a la adoración divina. Pero aún cuando tales deberes se lleven a cabo fielmente, existe un cansancio mediante el cual nos acercamos a Dios sólo de labios, pero nuestros corazones permanecen lejos de El (Mat.15:8). Tenemos una gran necesidad de velar y orar. Miles de cosas en los quehaceres ordinarios de la vida resultan en un cansancio natural que nos impide avivar la gracia que Dios nos ha dado. Y cualquier pecado del cual no nos hemos arrepentido tendrá un efecto especial para convertir la adoración en una pesada carga.

Las cosas que traen más gloria a Dios son la humildad, una tristeza real por el pecado, una voluntad dispuesta y un deleite en los caminos de Dios, el amor y la autonegación. ¿Estamos siendo fructíferos en estas cosas? (vea 2 Pe.1:8). Podemos examinarnos a nosotros mismos en la siguiente manera:

I. ¿Tenemos un buen apetito espiritual para la Palabra de Dios y una experiencia continua de su gracia? Algunas personas escuchan la predicación simplemente para confirmar sus propias ideas, otros acuden para juzgar al predicador. Sólo unos cuantos se preparan a sí mismos para recibir en sus corazones la Palabra de Dios. Mientras que envejecemos, vamos perdiendo poco a poco nuestro gusto natural por la comida. Nos parece que ya no tiene el mismo sabor que tenía cuando éramos más jóvenes. Pero el cambio no está en la comida sino en nosotros. Así es con la Palabra de Dios la cual el salmista dice que es más dulce que la miel que destila del panal (Sal.19:10). Si tuviésemos hambre, encontraríamos dulzura en la Palabra de Dios aún cuando nos reprenda fuertemente.

II. ¿Hacemos que la religión sea el asunto principal de nuestras vidas? Con muchos de nosotros, todas las demás cosas están colocadas por encima de la única cosa necesaria, es decir, nuestro bienestar espiritual. Si estamos continuamente ocupados con los asuntos del mundo y si apenas apartamos un poco de tiempo de vez en cuando para considerar las realidades espirituales, entonces es una

fuerte evidencia de que nuestra vida espiritual se está debilitando. Cuando esto sucede, no amamos a los demás creyentes como debiéramos y no estamos dispuestos a responder a los llamamientos de Dios para arrepentirnos y enderezar nuestros caminos.

4. Hay un camino para volver a ser fuertes y fructíferos espiritualmente.

I. Nadie está sin esperanza aún si ha caído muy bajo, pero debemos usar los medios correctos para recuperarnos. Los árboles que se han hecho viejos o infructuosos reciben nueva vida por medio de cavar alrededor de ellos y abonarlos; no son quitados y plantados en otra parte. Algunos profesantes se vuelven hacia las religiones falsas en busca de ayuda, pero terminan secándose y muriendo como apóstatas. Si hubieran buscado los medios correctos para su sanidad, quizás hubieran vivido.

II. Los actos pecaminosos tienen que ser mortificados y las enseñanzas de Cristo obedecidas cuidadosamente. Por supuesto, no debemos caer en el error de los fariseos. No debemos pensar que por medio de ayunos y vanas repeticiones de oraciones seremos aceptables a Dios. Debemos redoblar nuestros esfuerzos para matar el pecado. También es absolutamente necesario leer las Escrituras regularmente, escuchar la Palabra predicada, así como velar y orar contra la tentación. De esta manera nuestra mente y nuestros afectos serán ocupados con pensamientos espirituales y celestiales. Sin embargo, todas estas cosas no pueden ser hechas con nuestras propias fuerzas. No somos “competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios” (2 Cor.3:5). Por medio de la fe, debemos obtener la ayuda de Cristo en cualquier esfuerzo que tratemos de hacer. Sin fe nuestros esfuerzos serán inútiles y rechazados por Dios.

III. La restauración de los creyentes que han perdido su fuerza y su salud espiritual es un acto de la gracia soberana, una obra del Dios omnipotente cuya gracia y amor nadie puede resistir. Dios ha dado grandes y preciosas promesas las cuales debemos usar para ser restaurados. Veamos algunas de esas promesas en Oseas 14:

Vers. 1 “Vuelve, oh Israel, a Jehová tu Dios; porque por tu pecado has caído”. El verdadero Israel de Dios, su pueblo escogido fue afectado por los pecados de toda la nación. Anteriormente, Oseas había pronunciado temibles juicios contra la nación por su gran iniquidad. Pero nada puede impedir que el poder omnipotente de Dios haga por su gracia lo que El quiere hacer con su pueblo. Dios era todavía el Dios de ellos; aunque habían caído, fueron invitados tiernamente a volverse a El.

Vers. 2 “Llevad con vosotros palabras de súplica, y volved a Jehová y decidle: quita toda iniquidad y acepta el bien, y te ofreceremos la ofrenda de nuestros labios”. Dios por boca de su profeta, enseña a su pueblo cómo deberían orar, “quita toda iniquidad”. Ningún pecado debía ser omitido. Cuando el perdón de todo pecado haya sido obtenido, el pueblo empezará nuevamente a sentir el amor de Dios. Habrá un anhelo para conocer que Dios les ha aceptado libremente y que ya no están bajo su desagrado.

Vers. 3 “No nos libraré el asirio; no montaremos en caballos, ni nunca más diremos a la obra de nuestras manos: Dioses nuestros; porque en tí el huérfano alcanzará misericordia”. Dios espera una confesión completa y voluntaria de los dos grandes pecados que arruinaron a su pueblo: la confianza en el hombre y la adoración falsa o idolatría. “Asiria, no nos libraré... Y ya no diremos a la obra de nuestra manos: Dioses nuestros”.

Vers. 4 “Yo sanaré su rebelión, los amaré de pura gracia; porque mi ira se apartó de ellos”. Aunque Dios sanará nuestras rebeliones y nos amaré de pura gracia, no obstante se requiere de nosotros que nos arrepintamos, y Dios nos da la capacidad para hacerlo. Dios se da a sí mismo el título: “Yo soy Jehová tu Sanador” (Ex.15:26). La única razón para sanarnos es su amor libre y soberano (el cuál no merecemos). Esta sanidad incluye el perdón de nuestros pecados pasados y un suministro de gracia para hacernos fructíferos en la obediencia. “Yo seré a Israel como rocío; él florecerá como lirio, y extenderá sus raíces como el Líbano.”

Es verdaderamente algo grande, el tener nuestras rebeliones sanadas y tener una consciencia de la belleza y la gloria del amor divino, la misericordia y la gracia actuando nuevamente en nuestras vidas. No se desespere para recibir tales manifestaciones frescas de la gracia divina. Obténgalas por medio de la fe en las promesas de Dios tal como son ofrecidas mediante Cristo Jesús, el glorioso mediador.

Todas nuestras provisiones de la gracia vienen de Cristo y sólo de El. “Sin mí, nada podéis hacer.” (Jn.15:5). “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gal.2:20). La única manera para recibir nuevas provisiones de fuerza espiritual y gracia es por medio de la fe. El vive en nuestros corazones por la fe, actúa en nosotros por la fe y nosotros vivimos por la fe en el Hijo de Dios. Hay un sólo camino para ser avivados y sanados de nuestras rebeliones a fin de que seamos fructíferos. Debemos fijar nuestra mirada en la gloria de Cristo, en su carácter especial, en su gracia y obra tal como nos es enseñado en la Escritura. En el Salmo 34:5 David dice: “Los que miraron a él fueron alumbrados, y sus rostros no fueron avergonzados”. Su fe fue manifiesta en mirar a El, es decir a Cristo, o la gloria de Dios en El. Su acto de confianza surgió de una consideración de lo que El es. Ellos fueron refrescados por la luz espiritual y salvadora que recibieron de El. Nosotros también podemos ser refrescados como ellos mientras que miremos con la misma fe a Cristo. “Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra.” (Isa.45:22) Nuestra completa salvación, incluso cada aspecto de nuestra vida espiritual depende de esta mirada. Esta es la manera para recibir gracia y gloria. “Mas yo a Jehová miraré, esperaré al Dios de mi salvación; el Dios mío me oirá.” (Miq.7:7)

Una continua visión de la gloria de Cristo tendrá el efecto bendito de transformarnos cada vez más en la semejanza de Cristo. Quizás otros caminos y medios han fallado en hacernos semejantes a Cristo, hagamos la prueba con este medio.

La mayoría de nuestra debilidad espiritual y falta de fruto es debido a que permitimos que fácilmente otras cosas ocupen nuestras mentes. Cuando tengamos nuestras mentes llenas de Cristo y de su gloria, entonces nuestros corazones arderán con grande amor hacia El y ya no tendrán lugar para otras cosas (vea Col.3:1-5). Es solamente una visión continua de Cristo y su gloria lo que nos avivará y nos animará a velar y pelear continuamente contra las obras engañosas del pecado. La experiencia de contemplar la gloria de Cristo tiene poder para hacernos obedecer y desear todas las cosas que agradan a Cristo.